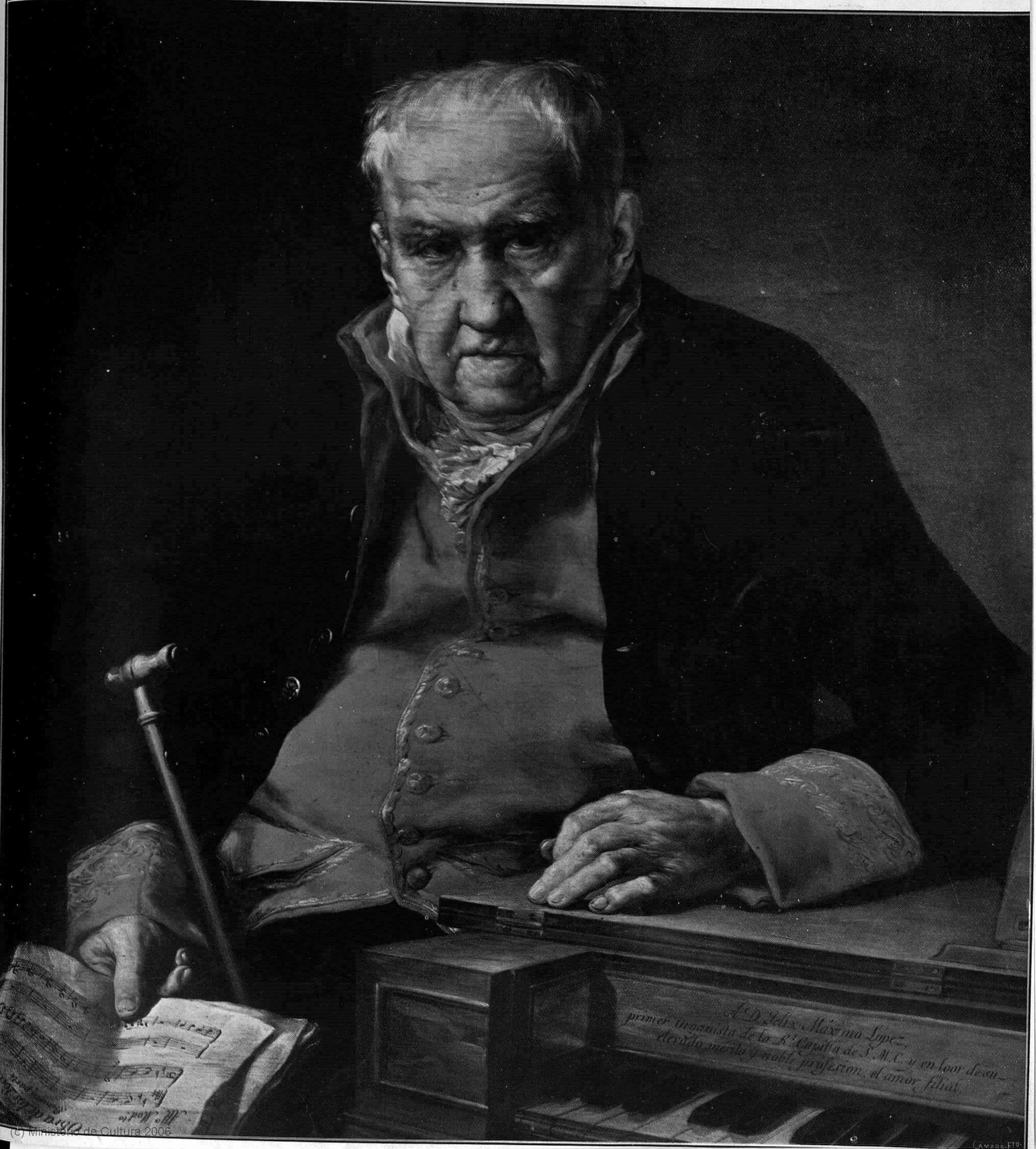


La Esfera

Año II * Núm. 69

26 IV

Precio: 50 céntos



*A D. Félix Máximo López,
primer organista de la R. Capilla de S. M. C. y en loor de su
devota, noble y noble profesión, el amor filial.*



A. Ehrmann.

No es un remedio,
es un verdadero talisman
el **PETRÓLEO GAL**

POESÍA DE PRIMAVERA



CANTIGA DE ABRIL

Ven por el sendero de rosas galanas
que encendió la risa de Abril bullanguero.
Ven que nos sorprendan sus tibias mañanas
bajo el limonar, limonar limonero.

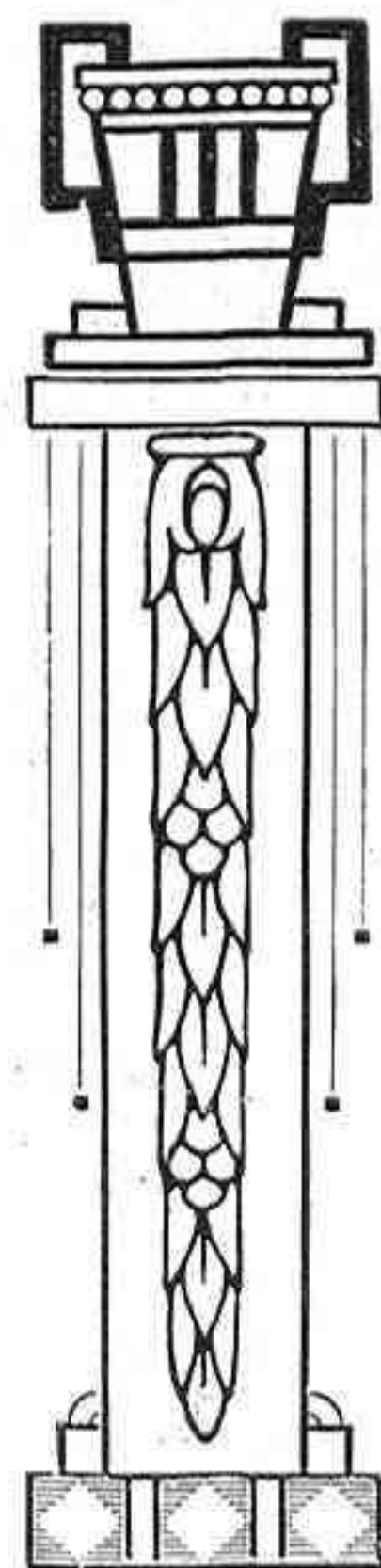
Mientras tú sonríes, gentil, á mi lado,
cuénteme tu voz—armonioso capricho—
todos los amores que siempre has callado,
todos los secretos que nunca me has dicho.

En mi agreste casa que reines te dejo...
¡Ven y serás reina del campo en Abril!
Margaritas blancas tendrás por cortejo,
cuando brote el tirso de Mayo gentil.

... Pífan las alondras en las barbecheras,
y viene de lejos un son de campana,
y están revestidas de musgo las eras
que Abril reverdece y Mayo engalana.

Ven, mi Galatea, la flor de Castilla:
Dóname, vestida de corpiño y sayo,
un amor hermano de aquel sin mancilla
de la serranilla de Villa Velayo.

Tengo una casita con un limonero,
donde viviremos una vida sana,



y cerca un nevado molino harinero
oculto entre frondas que lame el Guadiana.

Para que tú pises, tejeré una alfombra
con las margaritas de prados y oteros;
un lecho de flores, oculto en la sombra
de los abetales y los limoneros.

Para que regale tu oído de rosa,
haré yo un albugue de menuda caña
que esparza en el viento música armoniosa
de infantil sonido de pipiritaña.

¡Oh, las golondrinas sobre los sembrados
cuando un Sol de fiesta dora los calveros!...
Coge, Galatea, los lirios morados
y adorna con cintas mis blancos corderos.

Verás en mis campos qué hermosa es la vida—
coplas de c. epúsculo, risas de alborada—
comerás la fruta recién escogida,
beberás la leche recién ordeñada...

Ven, mi palomica del pico de rosas,
que en mi blanco nido de nardos te espero
¡En el nido aquel que colgaron las diosas
bajo el limonar, limonar limonero!

MIGUEL DE CASTRO

DE NORTE A SUR

El reclutamiento inglés

No cierta caricatura de *Simplicissimus*, sino el cartel que ahora figura en todos los muros de Londres, pinta la verdadera actitud inglesa frente a la guerra.

En aquella caricatura, como en tantas otras alemanas donde se adula encubiertamente a Francia, Sir Edward Grey afirmaba: «Inglaterra resistirá hasta que muera el último francés».

En este cartel están representadas la cabeza y la mano derecha de lord Kitchener. El rostro tiene esa viril y serena expresión del ministro inglés.

La mano señala con el índice. ¿A quién? A todo el que mira-este cartel, a todos los hombres de Inglaterra. Y debajo hay unas palabras: *Your country need you.* (La patria le necesita).

El mismo llamamiento hacen los retratos de lord Roberts, repartidos profusamente: (*Cumplió con su deber. Cumpla usted con el suyo*); la inscripción dictada por el propio Jorge V, y tan leída en el monumento a Nelson; (*Nuestra causa es justa y no dejaremos las armas hasta después de la victoria*); la inscripción en el púlpito del reverendo Palmer: (*Su deber le reclama. Hacen falta hombres en la línea de fuego*); los carteles de Picadilly donde se ven varios soldados alineados y un cartel que rompe la línea y en el que se afirma: «*Sólo queda un puesto para un hombre valiente, ¿lo quiere usted?*»

Aun más: los omnibus llenos de jóvenes reclutas con carteles enormes de «*Berlin, ida y vuelta gratuitas*», las Amazonas cuyas cabalgaduras llevan gualdrapas de percalina blanca con letras enormes. *To arms! Do not hesitate.* (¡A las armas! No dude usted más).

Y todavía más: en los telones cinematográficos, en los tickets de los tranvías, en los escaparates de las tiendas, en las ventanas y balcones de las casas, en los faros de los automóviles, en los grupos de cantores ambulantes que lanzan al aire neblinoso los versos bélicos de Kipling; en los desfiles de las ex sufragistas que ya no piden el voto de la mujer, sino hombres que atraviesen el Canal de la Mancha empuñando las armas; en las oficinas de la Hamburg-Amerika-Line, transformadas en *Army recruiting office*; en los carteles de Franzk Brangwyn, uno de los más grandes artistas del mundo...

Antes, el reclutamiento se hacía de otro modo. Se halagaban los instintos refinados y el espíritu práctico de los jóvenes ingleses. Se hablaba de los bellos trajes, la espléndida remuneración, el poco trabajo y la alimentación sana y frecuente. Incluso llegaban a insinuar los mayores triunfos amorosos que consiguen los militares.

Ahora no. Ahora a Inglaterra le basta hablar al valor y al romanticismo de sus hombres. No promete comodidades ni ganancias, ni triunfos en las luchas venenosas. Inglaterra sabe que el inglés está dispuesto a cumplir con su deber y salvar a su Rey, como si la fórmula británica—*God save the King*—no le inspirase mucha confianza.

Sin embargo...



¡A LAS ARMAS!

Cartel original del gran dibujante inglés Franzk Brangwyn, fijado en las calles de Londres

Cuando tanto se excita a los hombres que se alistean en el ejército, no deben abundar mucho los voluntarios.

Esto que puede merecer un reproche en la actualidad, acaso merezca un elogio para lo futuro. Demuestra que el pueblo inglés odia la guerra. Es un país de hombres libres y fuertes.

Y si no da el ejemplo heroico de Bélgica y de Francia, la divinamente loca y generosa nación, mucho menos recuerda el caso alemán en que todas las energías, inteligencias y bellezas de un pueblo admirable, están bajo las férreas botas de un soldado esclavo y bajo el despectivo junquillo de un oficial con monóculo...

El nuevo campeón de boxeo

En la Habana se han disputado el campeonato mundial de boxeo, el negro Jack Johnson y el blanco Jess Willard.

Ambos son dos terribles pugilistas. Tienen la estatura, los bíceps y la sonrisa idiota de los héroes. A uno se le llama *el diamante negro* y al otro *la esperanza blanca*.

No se quería la derrota de otro pugilista; sino



JESS WILLARD

Famoso boxeador, que ha vencido a Johnson

precisamente la del negro Johnson. Todos los hombres blancos estamos, pues, de enhorabuena. Ya no es el hombre más bruto del mundo negro, sino uno de nuestra raza...

Acaso todavía le queda otra derrota más dolorosa a Jack Johnson. La del amor conyugal. El pugilista negro está casado con una bellísima yanqui. Ya sabéis que las mujeres confunden muchas veces el amor con la admiración. Se resignan a no ser felices con el corazón, con tal de ver halagada su vanidad. Se entregan a un hombre, sólo porque este hombre haga volver la cabeza a la gente cuando vaya por la calle.

Sus bodas no son con el amado, sino con la gloria del que las ama a ellas...

Mistress Johnson habrá llorado de vergüenza y de pena. Y cuando el vencido buscara sus brazos... le verá por primera vez tal como es: un negazo enorme, con el cerebro muy pequeño, con los bíceps muy desarrollados y los puños muy fuertes..., pero que ya no es el campeón del mundo.

Paul Pons

Y a propósito de atletas. Paul Pons ha muerto.

Su muerte no ha sido digna de su vida, como lo hubiera sido aquella otra imaginaria bajo un automóvil que desafió con sus

músculos. No ha muerto tampoco defendiendo a su patria, oponiendo su pecho, que tantas veces se mostró en chillones carteles, desnudo, a una avalancha teutona. Si durante su vida tuvo momentos para el friso ó de poema homérico, ahora el cincel y el cálamo habrán de permanecer inactivos.

Paul Pons ha muerto ahogado en el río Garona.

¿Qué hacía el antiguo luchador? Pescar. Modestamente, con la inofensiva y cándida estupidez de uno de esos buenos señores de las orillas del Sena ó—lo que es más cómico aun—de nuestro estanque del Pardo. Paul Pons era «esa cosa absurda que empieza en una caña y termina en un tonto», según la definición de un humorista inglés.

¿Cómo fué la muerte, entonces? Convendría averiguarlo para evitar un peligro futuro a los inocentes pescadores de caña.

Acaso Paul Pons se quedó adormecido bajo el indispensable sombrero de paja, arrullado por el murmullo del agua... Tal vez al dar un tirón demasiado fuerte, un frágil pececillo arrastró hacia sí al ex atleta.

No; no os sonriáis. Paul Pons ya no tenía fuerzas. El menos vigoroso de los luchadores greco-romanos le vencía antes de sonar el primer silbido del árbitro y el primer aullido de los espectadores.

Paul Pons era viejo, estaba débil, se teñía el pelo y le temblaban las piernas...

Entre sus carteles—que le prometían juvenil, arrogante, con un cinturón de medallas enormes, como las placas de un cinturón eléctrico—y él, había una diferencia desconsoladora. No eran kilos lo que echaba sobre su contrario, sino años.

Era realmente inmoral la lucha. Se olvidaba el respeto debido a la vejez. Y cuando después del vencimiento, se levantaba Paul Pons para dar la mano a su rival, había en sus ojos una infinita amargura, una amargura parecida a la de esas jamonas obesas y románticas que dicen con la mirada a los jovencitos enamorados de sus carnes pomposas:

«¡Ah! Si nos hubiésemos encontrado hace veinte años».

Porque hace veinte años Paul Pons era hermoso é invencible. Las mujeres le perseguían, los hombres le temían, los empresarios le ofrecían el dinero a manos llenas.

Todo era sonriente y fácil en torno suyo. Impunemente sostenía la comparación con sus mismos carteles chillones.

Recorrió triunfalmente Europa y América. Su nombre bastaba para llenar los circos y los teatros.

Y si la noche en que salió en hombros de los espectadores en Nueva York, rodeado de antorchas y de músicas, alguien le hubiese augurado su muerte, arrastrado hacia el agua por un frágil pececillo, la carcajada que lanzara habría apagado las antorchas, destrozado los instrumentos músicos y aplastado a doscientos de sus vitoreadores...



JACK JOHNSON
Campeón mundial de boxeo,
vencido por Willard

José FRANCÉS

LA ESFERA

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE BISMARCK, EN BERLÍN



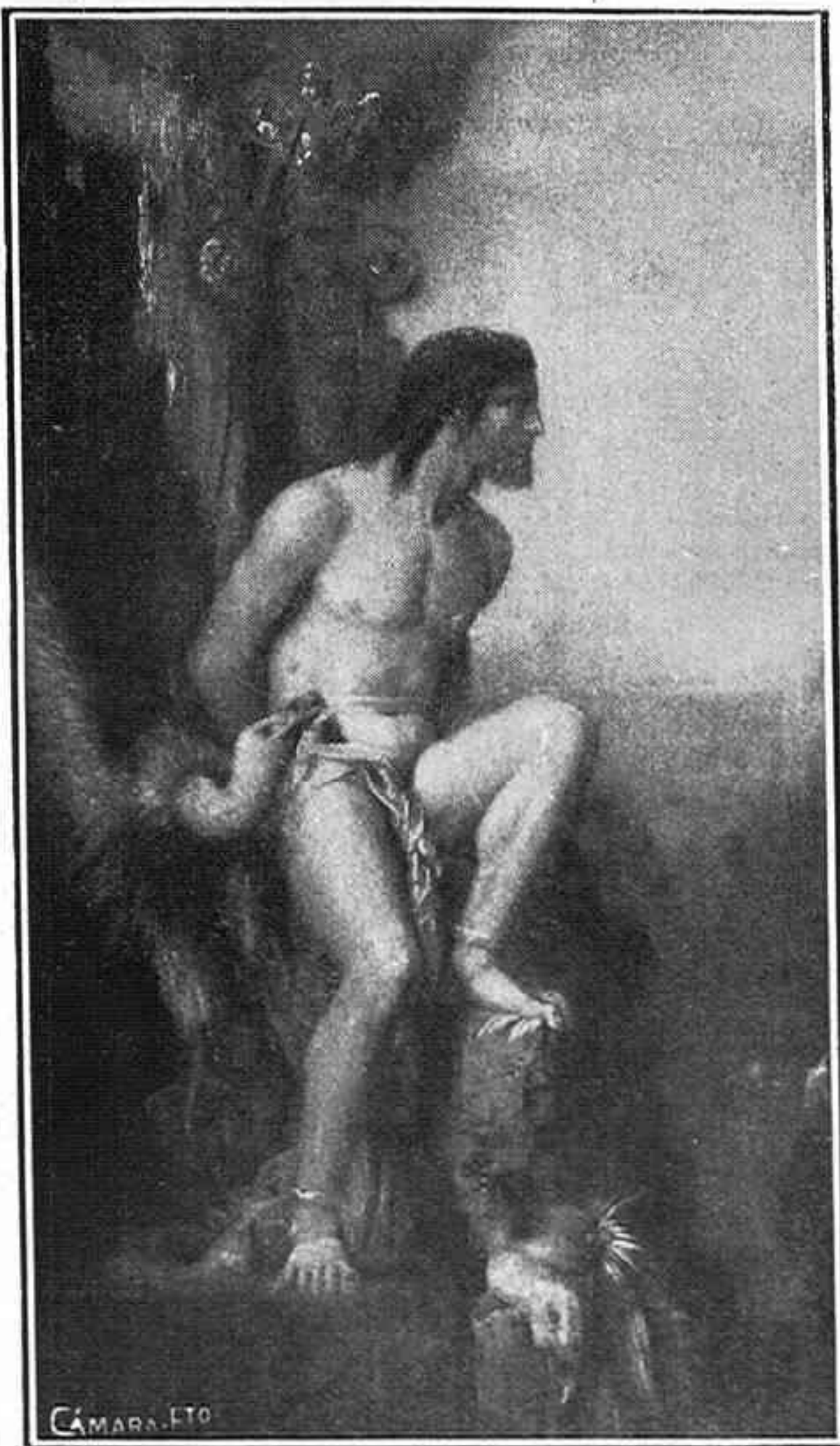
EL CANCELLER DEL IMPERIO BETHMAN VON HOLLWEG (DE UNIFORME), EL PRÍNCIPE OTÓN DE BISMARCK, NIETO DEL CANCELLER DE HIERRO, Y EL PRESIDENTE DEL REICHSTAG, DIRIGIÉNDOSE A LAS HONRAS FÚNEBRES EN MEMORIA DEL GRAN ESTADISTA

FOT. HUGELMANN

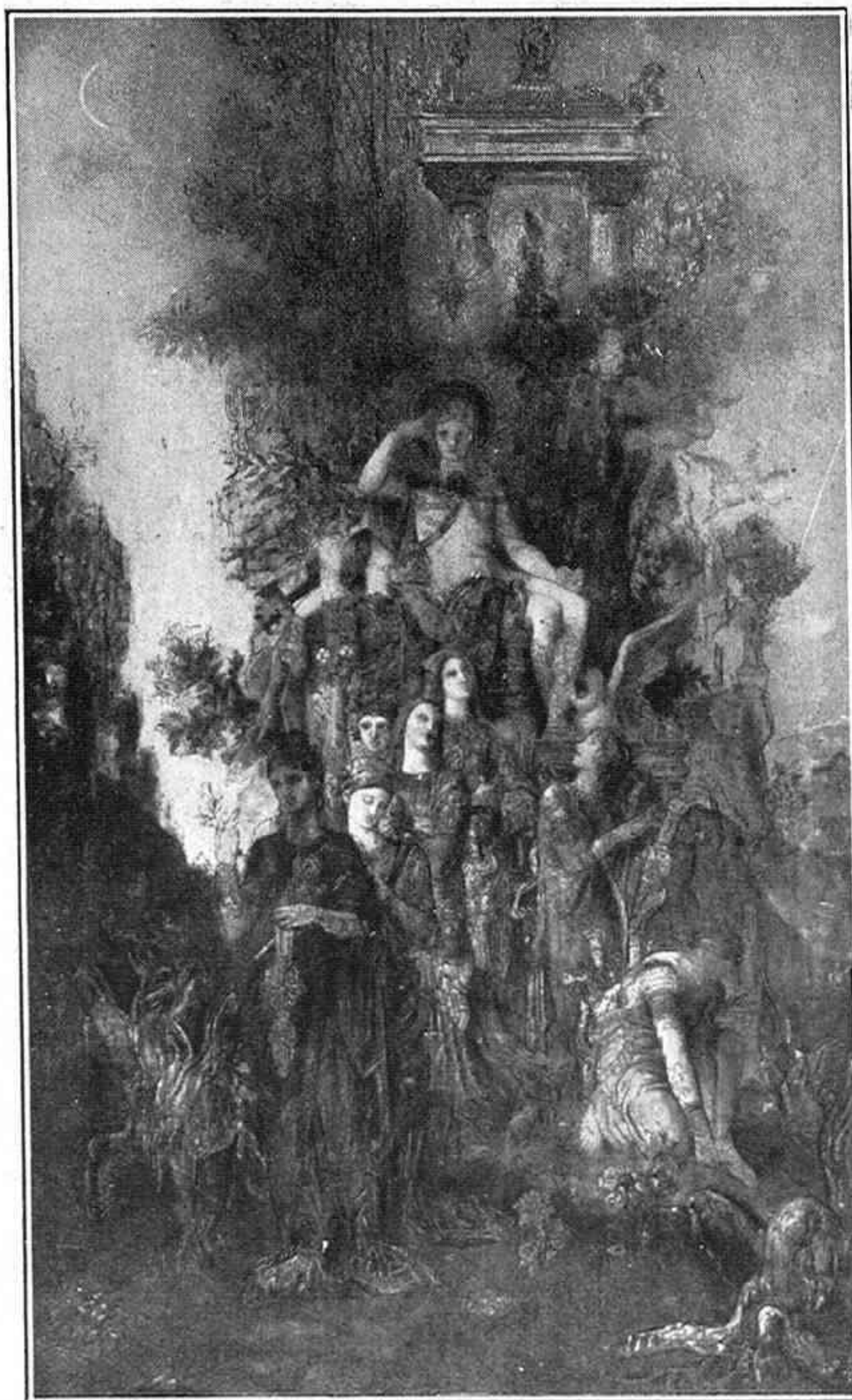
BIBLIOTECA
MADRID



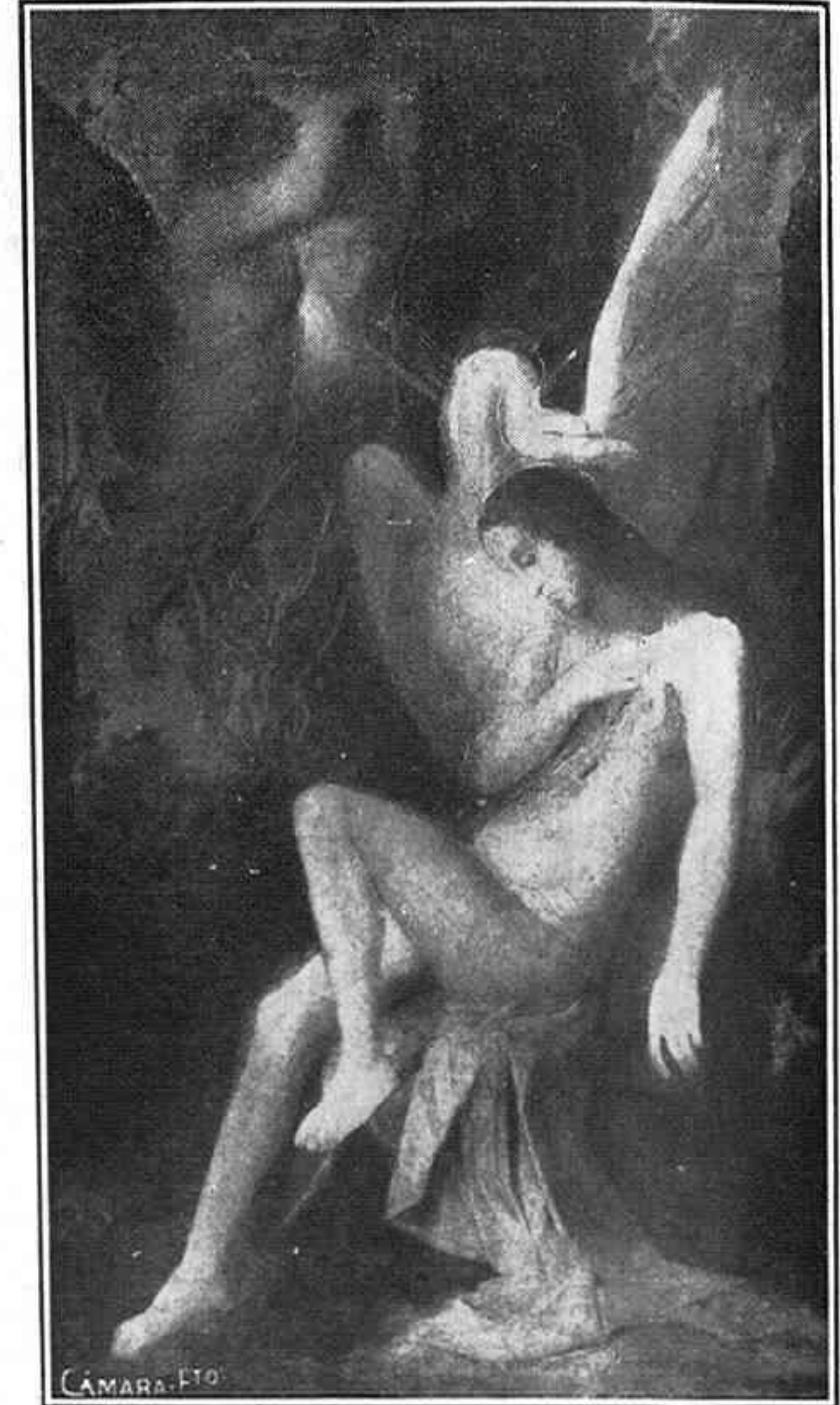
LOS INICIADORES DEL ARTE CONTEMPORÁNEO
GUSTAVO MOREAU



PROMETEO



LAS MUSAS SEPARÁNDOSE DE APOLO
Cuadros originales del gran artista Gustavo Moreau



LEDA

EN el número 14 de la calle La Rochefoucauld, de París, existe uno de los Museos más admirables del mundo: el museo de Gustavo Moreau. Al morir el gran pintor francés en 1898 cedió su casa, los estudios en ella instalados y las innumerables y maravillosas obras realizadas durante más de cuarenta años en esos estudios, al Estado.

«... Con la expresa condición—añadía el artista en su legado—de que se conserve siempre, ó al menos el mayor tiempo posible, esta colección, respetándole ese carácter de conjunto que permita siempre comprobar la suma de trabajo y esfuerzo del artista durante su vida.»

El deseo de Moreau ha sido respetado, y como el Museo Wiertz, de Bruselas, como lo será en lo futuro el Museo Sorolla, de Madrid, la casa del gran pintor es una enseñanza y un consuelo para los modernos soñadores que ahora emprenden su caminata hacia la gloria.

Acaso las páginas más exactas, impregnadas de idéntico perfume exótico y penetrante que sus cuadros, enjambadas y endiademadas como sus orientales princesas y sonoras al ritmo sensual de sus danzarinas en torno de los unicornios simbólicos, son las páginas escritas por Jean Lorrain. Para Jean Lorrain, Gustavo Moreau es una divina y emocionada obsesión. En ese prodigioso libro *Monsieur de Phocas*, el arte de Moreau relampaguea y pone á cada instante un deslumbrador paso de brillos, de carnes blancas y adolescentes, de enormes palacios índicos, de jaspe y de pórfido y también la dantesca visión de quimeras, grifos y serpientes que se alzan de charcas inmundas y putrefactos osarios para escupir fuego.

«Gustavo Moreau—dice Lorrain en ese libro inolvidable—, el hombre de las Salomés esbeltas, cubiertas de pedrerías, de las musas que llevan cabezas cortadas y de las Elenas con trajes y cotas de oro purísimo, alzándose con un lirio en la mano y seme-

jando ellas mismas lirios en flor, sobre sangriento estercolero de cadáveres. Gustavo Moreau, el hombre de los símbolos y de las perversidades, de las ciudades teogónicas, el poeta de los campos de batalla y de las esfinges, el pintor del Dolor, del Extasis y del Misterio, el artista que entre los modernos se ha acercado más á la Divinidad...»

No hay acaso palabras más exactas para expresar el arte suntuoso, espléndido y, al mismo tiempo, de enfermiza languidez y casi femenina nostalgia de Gustavo Moreau. Vivía en su siglo; pero su siglo no le interesaba. Su ideal era más amplio, más sediento de eternidad. Uno de sus comentaristas, Paul Flat, dice á este propósito muy acertadamente:

«Sufre el constante deseo de arrancar á los mitos de las literaturas desaparecidas su humana significación eternamente expresiva, eternamente viva, para traducir la perpetuidad, á través de las edades, de los mismos placeres é iguales sufrimientos; de las inquietudes mismas y las iguales pasiones.»

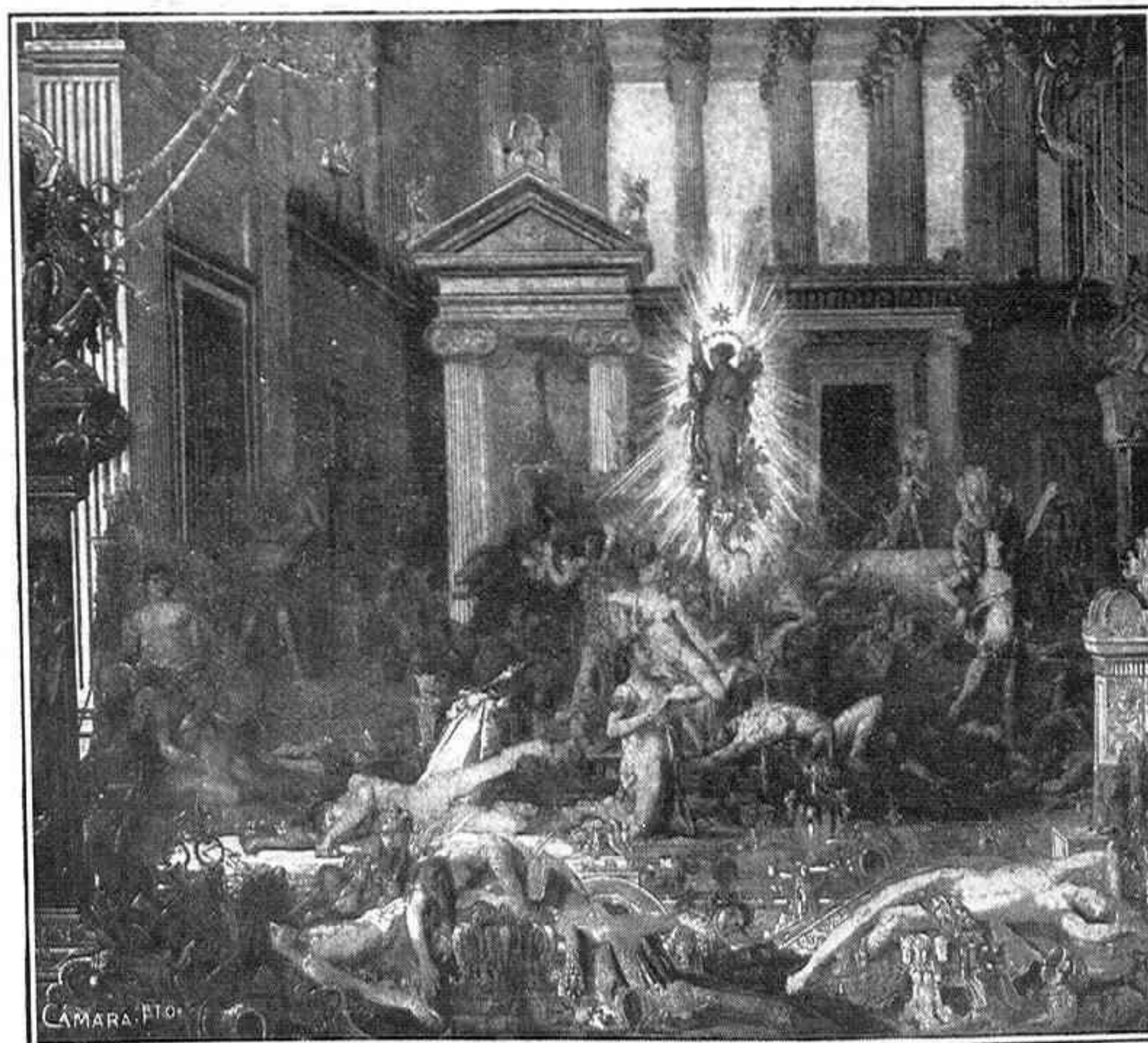
Esto en cuanto al idealismo, á la espiritual concepción y al emocionante propósito sugeridor de la obra. En cuanto á la técnica, nada más oportuno que oír hablar al artista.

Dice Gustavo Moreau:

«Sólo un principio inabarcable regula mi práctica de pintar; el principio de la riqueza necesaria. La pintura debe ser un arte no sólo rico, sino, incluso, suntuoso por el brillo del color y la magnificencia decorativa. Mis telas darán siempre la sensación de las vestiduras más lujosas y armónicas, de las más ricas joyas y los más admirables palacios.»

«Consultad los maestros de otras épocas y veréis cómo nunca os aconsejarán un arte pobre. Al contrario. Han introducido en sus cuadros todo lo que conocieron de más rico, de más brillante, de más raro, de más extraño á veces, todo lo que en torno suyo significa precioso y magnífico.»

Ni una sola vez se apartó de este credo estético. No encontraréis en



LOS PRETENDIENTES
Una de las obras maestras de Gustavo Moreau

toda su obra—tan vasta y admirabilísima— una abdicación, un desfallecimiento, una concesión a la vulgaridad ambiente.

Si en vez de ser rico y permitirle su fortuna sostenerse puro y libre de prostituciones artísticas hubiera nacido pobre y habría de luchar con la vida, se hubiera llevado el cañón de un revólver a la sien, antes de envejecer su alma...

ooo

Gustavo Moreau nació en París el año 1826. Su padre era el famoso arquitecto de Luis Felipe y supo adivinar desde el primer momento hacia qué senderos de belleza había de encaminarle. Primero, Picot, y después, Delacroix, fueron los maestros del futuro autor de *Les Pretendants* y *Les Filles de Thestins*.

Sin embargo, no hallaréis sino en algunos lienzos imprecisos, impersonales, de la primera época—*Hamlet au borde de la fosse*, por ejemplo—, las huellas del romántico Delacroix.

Erán dos temperamentos antagónicos, dos criterios sólidamente contrapuestos. Si en algo pueden parecerse, es en el mismo amor a las casi esmaltadas coloraciones de ciertos fondos. No más que en eso.

En cambio sí encontraremos siempre las huellas del malogrado Teodoro Chasseriau. Idéntico retorno a las viejas leyendas, idéntico amor a las suntuosidades y voluptuosidades orientales, semejante aristocracia idealista que caracterizaban al autor de *La casta Susana*, y de aquella maravillosa decoración de la escalera de honor del Tribunal de Cuentas, destruida en 1871 por los comunistas y que, contemplada por Gustavo Moreau en 1849, le marcó el futuro rumbo de su arte.

Nunca negó Gustavo Moreau esta influencia del gran artista. Tampoco lo ha negado jamás Puvis de Chavanes. Sobre ambos, aquel joven criollo, que a los treinta y siete años, en pleno triunfo, entró en la barca funeraria de Caronte, ejercía un fuerte y saludable dominio espiritual.

Incluso una de las más bellas obras de Gustavo Moreau—*El joven y la muerte*—, es un comentario melancólico, elegíaco, de aquella vida tronchada demasiado pronto como una vernal rama, demasiado fructificada antes de tiempo...

No obstante, el genio de Moreau está por encima de esas influencias de Chasseriau. El artista, poderoso, consciente, seguramente orientado y afianzado en su credo estético, es de una personalidad inconfundible. Su verdadero poderío radica precisamente en la luz que dejaría detrás de sí para alumbrar y deslumbrar las generaciones futuras. Esto lo sabía él y por eso no le im-



LA APARICIÓN (Salomé)

portaba la gloria presente. Desdeñaba las *Salomés* y a veces transcurrían meses enteros sin que saliera de su estudio ni le interesara lo más mínimo la vida contemporánea.

Cuando murió tenía setenta y dos años, y ni a un solo día de su vida dejó de ennoblecerle con su trabajo ó con la lectura de los poetas favoritos.

Así se explica que haya dejado una obra tan enorme, de cerca de siete mil dibujos y ochocientos cuadros. Muchos de éstos, comenzados en plena juventud, eran modificados, ratificados en la vejez, con treinta y a veces cuarenta años de intervalo. Pero si en la sabiduría de la técnica, en la fuerza de nuevos secretos de procedimiento podía existir diferencia, no la había ciertamente en el concepto idealista, en la orientación psicológica del cuadro.

Si desdeñaba los ofrecimientos valiosos, si prefería conservar todos sus lienzos, todas sus acuarelas (para aquel maravilloso Museo del porvenir, que imaginara como la eternización de su nombre) a esparcirlas y distribuir las por pinacotecas particulares y oficiales de todo el mundo, también despreció los ataques de la crítica. En pleno naturalismo, en plena ebullición realista, ó, lo que era peor, frente a la vaguedad del impresionismo que dignificaba la obra de los demás pintores contemporáneos suyos, Gustavo Moreau practicaba su creencia idealista y su técnica: retrocedía a las exuberancias y riquezas minuciosas de los italianos del siglo xv, como Gozzoli, Carpaccio, Lipi, Bartolomeo.

Además, el insigne artista francés «pintaba literatura», según la frase de un crítico mediocre.

Gustavo Moreau se encogía de hombros; pero en el fondo sufría.

«Durante mi vida he sufrido mucho—dice,—esa opinión absurda de que soy demasiado literato, para ser buen pintor, el sentido de mi arte es demasiado claro y límpido para el que sepa leer un poco en una creación plástica; basta, sola-

mente, amar, soñar un poco, no contentarse, en una obra imaginativa bajo el pretexto de ingenuidad con un simple ba, be, bi, bo, bu.

Sería muy lamentable que este arte admirable de la pintura que puede expresar tantas cosas, tantos pensamientos nobles, ingeniosos, profundos, sublimes, que este arte cuya elocuencia es tan poderosa, se redujera a traducciones fotográficas ó a paráfrasis de hechos vulgares.»

ooo

Por eso la obra de Gustavo Moreau es tan sugeridora y de tal modo nos liberta de la mediocridad cotidiana.

Entrar en el Museo de la calle La Rochefoucauld es entrar a un palacio de ensueño, donde las edades pretéritas, las quiméricas bellezas leídas en libros inmortales, los delirios sensuales ó realistas ó sangrientos, nos salen al encuentro.

Desde un apunte firmado en el *Atelier Picot* el año 1848 hasta los grandes lienzos de *Les Pretendants*, *Alexandre*, toda la obra esplendorosa, deslumbradora, polirítmica y poliarmónica del maestro aguarda para extenderse e idealizar la humanidad al pasar por el arte y el temperamento de los modernos pintores.

Es un mundo de fábula y de hechicería. Las pasiones humanas están encorazadas de gemas y oros, ó desnudas en adolescentes cuerpos andróginos.

Acá una princesa que tiene vestiduras pesadas y preciosas de la oriental Bizancio, acaricia un blanquísimo unicornio: allá danza Salomé, lasciva dentro de sus velos y al choque metálico de sus ajorcas. Atado a su roca, «semejante a un piloto velando en la proa de su navío», Prometeo siente desgarradas sus entrañas por el buitre insaciable; y Leda, casta, lánguidamente pura, se adormece bajo las caricias del cisne. Desafia, hermoso, en su blancura de dios mozo, Hércules a la Hidra, y Mesalina, altiva, huraña, desdeña al esclavo que le ciñe la cintura.

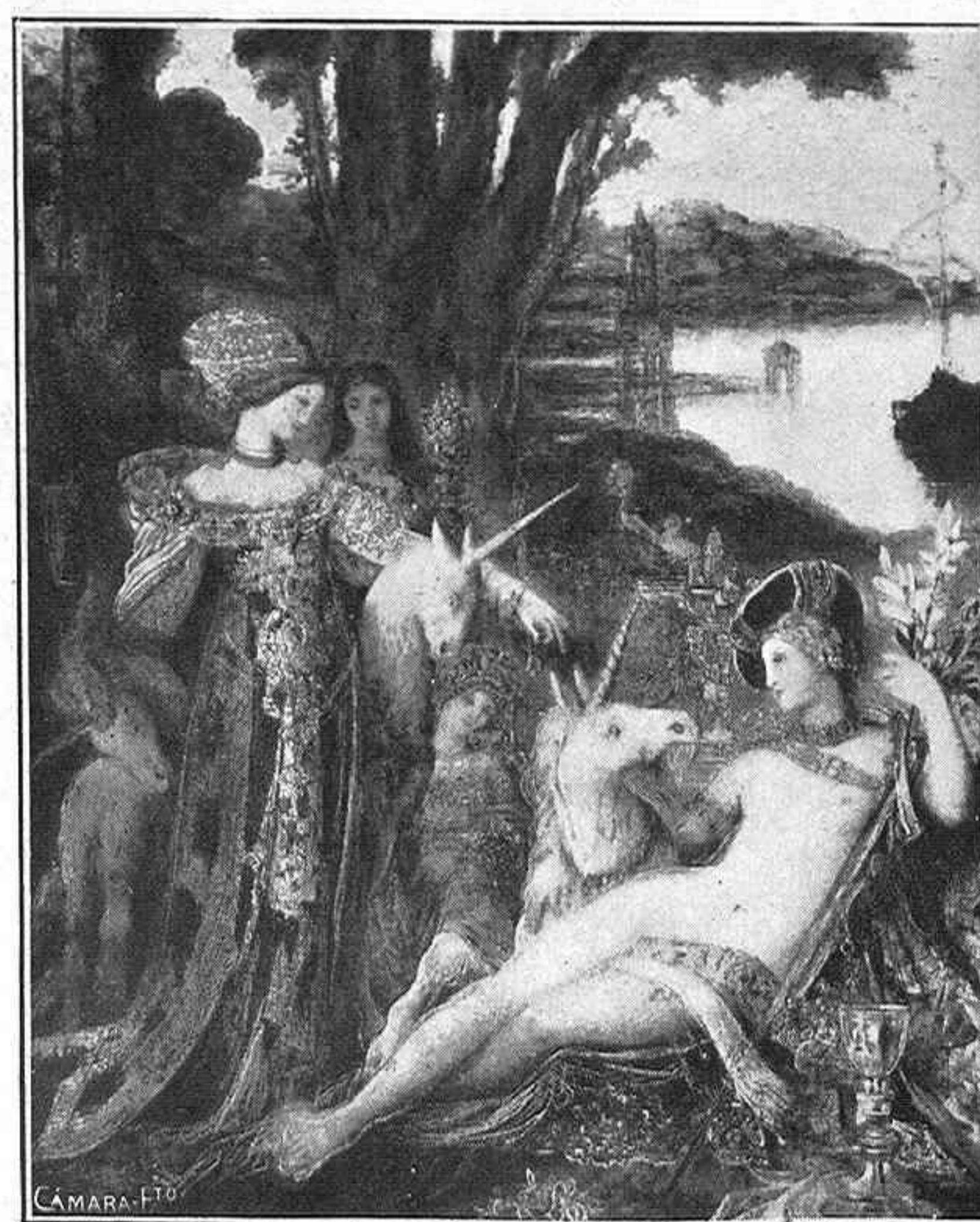
Después de la visión grandiosa, terrible y trágica de *Los Pretendientes*—que inmortaliza el famoso episodio de *La Odisea*, en el que Ulises traspasa con flechas a los pretendientes de Penélope—la plácida y poética visión de *Las Musas separándose de Apolo*, para embellecer el mundo.

Y siempre el propósito noble, la depuradísima sensación estética, la renovación de los adormecidos ó ignorados sentimientos de nuestra alma que se enmohecen y atrofian en la vida moderna...

SILVIO LAGO



JUPITER



UNICORNIOS



LA ESFERA

JOYAS DE LA PINTURA FRANCESA



BIBLIOTECA
MADRID

EL ESPERADO, cuadro de Gustavo Moreau

En pocos cuadros de Gustavo Moreau pueden apreciarse como en este las cualidades características de su arte: la suntuosidad armoniosa, la riqueza decorativa, la pureza de las figuras. A partir de los lienzos de Moreau, todo el arte contemporáneo se ennobleció, se depuró de un idealismo que igualaba á ciertos pintores contemporáneos con los maestros del *Quattrocento* italiano



PRIMAVERALESERÍAS



FOT. CAMPJA

Es como si acabasen de descorder el telón y fuera á representarse por primera vez ante nosotros una obra, á la que hubiese precedido una extraordinaria *réclame*. Quiere decirse que el día del estreno, la supuesta comedia, ya no guardaba casi ningún secreto que ofrecer al espectador. Sólo las particularidades de cada escena, el diálogo y aquellos detalles que escapan siempre á las informaciones periodísticas. Pero al subir la cortina, al contemplar nosotros desde la butaca la lenta y rumorosa ascensión de la cortina, no ignoramos que reaparecerá cuando el protagonista haya seducido á la dama, y así ocurre al marcharnos sin esperar á que asome y baje la referida tela limitadora, porque ya conocíamos el final.

Nos hallamos en una campiña dilatada, y que cierra el almenado horizonte de las arboledas que la distancia convirtió en una pincelada azul. Un riachuelo la atraviesa, como una banda el pecho de los antiguos pastores arcádicos. El terruño migoso deja crecer sus barbas de matorrales. Unos troncos negros con superpuestas ajorcas de plata principian á enjoyarse todavía más con sus racimos de esmeraldas. El aire huele con un aroma nuevo, y el cielo vibra, y la mansedumbre del agua á lo mejor se estremece con un inesperado calofrío de voluptuosidad.

Es como si acabasen de descorder el telón y en el escenario estuviese la primavera. De antemano sabemos la melancolía que en los espíritus refinados van depositando las jornadas primaverales, de más en más alegres. No importa.

Suspiramos por la aparición del drama, no ya vivido por otros hombres sino por nosotros mismos en los años pasados, como los troncos ya verdicieron antes de este Abril.

¿Cruzó la primavera por la primaveral campiña? Nada descubren los hierbajos claros, ni las florecicas, ni la hojarasca suave como el plumón. Tampoco la tibieza de la tierra ó la ardiente luminosidad de arriba. El campo se dispone á recibir la primavera, como en una tabla del Beato Angélico está arrodillada María para escuchar al ángel de la Anunciación. En el escenario no apareció aún ninguno de los inevitables y anhelados personajes. Aproximémonos, y acaso distingamos en el suelo las bolitas policromas y móviles de los insectos que acaban de nacer...

Confesad que permanecisteis largo rato escuchando las alturas, pues abrigábais la esperanza de sorprender la primera banda de golondrinas...

En mitad del paseo nos detuvo una ráfaga de aire que traía perfumes de los diversos jardines que recorrió, como la mano de los músicos mezcla los diferentes sonidos del teclado...

Juraríais haber oído una canción desgarrada por el viento, y era vuestra propia sangre enardecida y rumorosa...

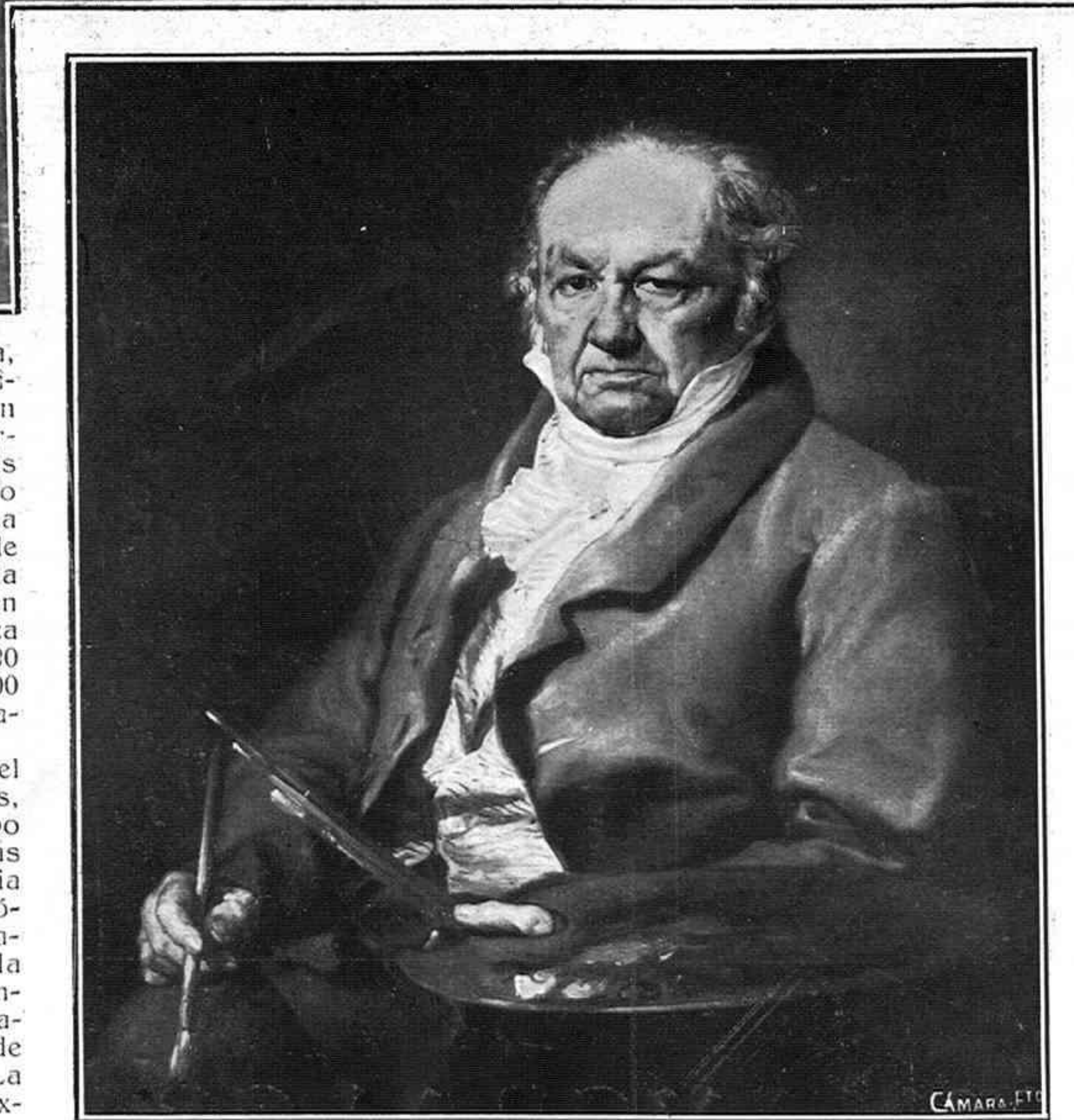
La juventud tuya, lector, impide que el paisaje primaveral sin primavera te infunda su belleza y te embriague á la vista del cielo, del agua y de los árboles. Aun no llevas fantasmas del pasado en tu corazón. Cuando tu y yo encontramos un escenario dispuesto y vacío, en lugar de creer

que ya se ha representado la obra, pensamos que al fin llega á nosotros la soñada aventura sentimental. Y el paisaje no sirve sino de pretexto para evocar los muñecos de la farsa.

Si la campiña reverdece, no tardará la primavera. Los insectos, las golondrinas, los perfumes lejanos, las cantatas ilusorias, revelan su proximidad. Luego viene la mujer. ¿Qué mujeres habrá de darnos la primavera? ¿Entre esos árboles y á la orilla del riachuelo, qué silueta discurrirá armoniosamente? ¿O más bien terminará por esfumarse en la lumbrarada solar la amiga que nos señaló la primavera última, y que ya bosteza á nuestro lado? ¿La primavera impulsa á amar á las muchachas que corretean bajo los gritos de las golondrinas, ó á las damas otoñales que se detienen para admirar el esfuerzo de los escarabajos con su brillo metálico? He ahí el único misterio de la obra que va á comenzar. Se presente el idilio. Pero, ¿con quién? Un legendario filósofo chino aconseja que á las mujeres se las debe oír, y nunca, nunca, responderles. El último fauno que subsiste, y que la primavera ha lanzado al teatro de aire libre que hemos procurado describir, replica al mandarín que de vez en cuando se debe contestar á las mujeres con un beso, con muchos besos... El aturdimiento de las golondrinas, y producido por las golondrinas, favorece el beso en la boca, y en cambio, la ensimismada contemplación de los insectos, el beso en la nuca... ¡Meditemos!

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

LA CARTUJA DE AULA-DEI
UNAS PINTURAS DE GOYA POCO CONOCIDAS



EL ilustre príncipe de la Iglesia, arzobispo de Zaragoza, Fernando de Aragón, nieto del rey Don Fernando el Católico y primo hermano del emperador Carlos V, cuyas cenizas guarda marmóreo sepulcro en la catedral césaraugustana de La Seo, fué el fundador de la Cartuja de Aula-Dei, que á 12 kilómetros de la capital de Aragón alza sus muros, en las márgenes del Gállego que fertiliza la campiña. Gastó en ella 180.000 ducados de plata y la dotó con 2.000 ducados de renta censal, representativos de un capital de 40.000.

D. Martín de Mitecar y D. Miguel de Riglos, arquitectos zaragozanos, trazaron por encargo del arzobispo el plan de la Cartuja, estudiando las existentes por entonces en Valencia y Cataluña. En rica arquilla guardóse el corazón del fundador, en Aula-Dei, hasta que en 1835, á raíz de la expulsión de los religiosos y previendo posibles profanaciones, trasladóse á su mausoleo de la capilla de San Bernardo en la catedral de La Seo, obra hecha también á sus expensas.

Nada diremos del Monasterio, ni de

la portada barroca de su iglesia, ni de la sencillez austera de sus muros, en donde por todas partes tropizamos con los blasones del egregio D. Hernando. Lo que atrae nuestra curiosidad son los grandes cuadros que adornan sus muros, en los que se representan diversos pasajes de la vida de la Virgen, obra del célebre pintor aragonés Francisco de Goya.

Parece mentira que hayan resistido las inclemencias del tiempo, con lo mucho que durante tantos años debió castigarles. Ya durante los sitios de Zaragoza, Napoleón había instalado en la Cartuja sus cuarteles de artillería y caballería, profanando los claustros, las celdas y la iglesia.

Desde la expulsión de los religiosos en 1835 hasta que, á consecuencia de la expulsión de Francia, en 1901 los cartujos adquirieron de nuevo lo que ya había sido suyo, la tradicional Cartuja estuvo abandonada, pasando de unas manos á otras, sin que ninguna de ellas pensase en restaurarla.

Fué en 1901 cuando la Cartuja

D. FRANCISCO DE GOYA, pintado por Vicente López



"Los desposorios de la Virgen"



“Adoración de los Reyes Magos”

de Aula-Dei comenzó a sufrir su transformación, hasta llegar al estado actual.

Los artistas aragoneses, Pallarés y Palao, fueron los primeros en atribuir a Goya las pinturas naturales de la Cartuja, viniendo tras ellos muchos otros que sostuvieron el mismo criterio. Hoy ya nadie pone en duda aquel aserto, robustecido por la amistad que los historiadores de Goya señalan entre el genial artista y el P. Salzedo, prior de la Cartuja (1772 a 1774).

Basta contemplar las pinturas para comprender que son la obra de un artista, siquiera éste no hubiese llegado a la cumbre gloriosa de su genio. Están ejecutadas con sumo acierto, sin repeticiones, resaltando en los grupos de sus figuras un intenso realismo que recuerda otras obras del maestro.

Los asuntos que reproducen están tratados con aquella despreocupación en que hubo de manifestarse la gallarda rebeldía del pintor de Fuentetodos, en virtud de la cual no hay nada que idealice a los personajes religiosos, arrancándoles de la materialidad terrena, sino que son seres de carne y hueso, que se mueven y congregan como cualquier mortal pudiera hacerlo.

La serie que Goya pintó para la Cartuja ha quedado incompleta, pues sabemos que se han perdido cuatro pinturas grandes, representando otros tantos pasajes del asunto desarrollado.

Sobre la puerta de entrada a la iglesia se encuentra una pintura decorativa, en cuyo centro se ven dos ángeles de correcta factura, y a la izquierda las figuras de un santo y un ángel.

«El nacimiento de la Virgen» conservó su par-

te central en bastante buen estado, mostrándose en mantillas la Virgen recién nacida a la curiosidad de un grupo de personas, mientras dos menudos ángeles sonríen desde lo alto.

«Los desposorios de Nuestra Señora» es un cuadro soberbio, en el que se destaca una figura de niño puesto de espaldas en primer término y a un lado, que denuncia al artista creador de obras inmortales.

«La Visitación», que se conserva sin restauración alguna, es también un cuadro que reclama poderosamente la atención del visitante.

En el crucero de la iglesia nos encontramos con dos cuadros representando «La Circuncisión del Señor» y la «Adoración de los Reyes Magos». El primero de ellos logró también escapar a la obra destructora del tiempo. No así el segundo, que hubo de sufrir lamentables percances, habiendo sido en él precisa una respetuosa restauración.

Los cuadros que reproducimos bien merecen las molestias que el turista pueda sufrir para llegar hasta la Cartuja de Aula-Dei, a la que desde lejos prestan aspecto de fortaleza los torreoncillos que cortan de trecho en trecho la uniformidad de su alto muro circundante.

J. GARCÍA MERCADAL



“La Visitación”



“El nacimiento de la Virgen”

FOTS. FREUDENTAL

CUENTOS ESPAÑOLES



=Varela de Seijas=

HOLOFERNES

ATURDIDO por la ovación atronadora con que el público le despedía, como siempre, Edmundo tropezó con Lucy Stewart, la inglesa del elefante, que atisbaba desde la puerta de artistas. Disculpóse con voz entrecortada por la emoción.

—Perdóneme, Lucy: tal vez la hice daño.

—¡Oh! No ha sido nada. La culpa es mía, por estar aquí, estorbando el paso.—Y añadió, sonriendo:—Le felicito á usted: tiene usted cada día mayor éxito...

Los ojos de él brillaron de alegría. Un asistente le trajo un tohollón ruso, en el que se había envuelto, como en amplio caftán, dejando tan sólo la faz descubierta.

—¿Miraba usted mi trabajo, Lucy?

—Sí: como todas las noches. ¿No lo había reparado hasta ahora? ¡Claro! Sale usted de la pista ciego, borracho de triunfo... Pues, sí, señor: le miro á usted. Mejor dicho, le admiro.

—¡Oh, Lucy!

—¿Por qué había de ocultarlo? Creo que hace usted en su trabajo todo lo que se puede hacer. No hay, de seguro, quien le iguale. El mismo Stepoff, á quien ví actuar en Calcuta, siendo yo muy niña, no llegaba á tanto.

—Si yo hubiese sabido que usted me veía, Lucy, aun lo habría hecho mejor.

—¿Mejor? No es posible—sonrió ella.

—Sí, Lucy... Por usted sería yo capaz de

todo... Incluso de hacerlo mal, muy mal, para que el público me silbara y el director del Circo me despidiera, si esto pudiese agradar á usted...

—¡Por Dios, Edmundo! ¿Cómo había de ser agradable para mí la desgracia de un compañero?

—Tiene usted razón... Yo no soy para usted más que un compañero... un compañero como los demás... Como Sulpicio, el tonto, con quien veo que habla usted con mucha frecuencia... Como Richard, el prestimano, que suele acompañar á usted algunas noches al concluir el espectáculo... Menos que ellos, en realidad; porque conmigo apenas habla, y no me permitiría que la acompañase...

Reía Lucy oyendo á Edmundo: y en su risa, flor de ingenuidad, adivinábase intenso gozo interior.

—¿Quién le ha dicho á usted que no le permitiré?...

Edmundo creyó soñar. Como hombre sanguíneo, musculoso, era tímido; él mismo se asombraba de su atrevimiento al hablar de aquel modo á Lucy, con quien escasamente había cambiado el saludo hasta aquella noche.

—Entonces...—balbució—entonces, Lucy, ¿es que usted me quiere?...

Arrepintiéndose de haber ido tan lejos, Lucy quedó repentinamente seria.

—Yo no he dicho eso, Edmundo. Usted no ha debido interpretar así mis palabras. Por lo menos, no ha debido decírmelo. Una cosa es que le permita acompañarme hasta la puerta de mi casa—nada más que hasta la puerta, ¿eh?—como hacen algunas noches Richard y Sulpicio, y otra cosa es... eso que usted ha supuesto tan pretenciosamente.

El atleta, avergonzado, quiso desahacerse en excusas.

—Perdóneme, Lucy: lo reconozco, soy un necio; no soy digno de que una mujer como usted hable siquiera conmigo...

Pero, cuando estaba totalmente humillado, la risa de ella resurgió, triunfal. Edmundo la miraba desconcertado, indeciso.

—¿Ahora se ríe usted?

—¡Naturalmente! ¿No he de reírme, hombre? ¡Vaya! Veo que soy yo quien ha de llevar la voz cantante... Mire usted, Edmundo: si eso del cariño no fuera una cosa tan grave, yo le diría que acaso llegaría á quererle...

—¡Oh, Lucy!...

—No me interrumpa usted, y fíjese en lo que le digo: que acaso llegaría á quererle... algún día... no sé cuando...

—¿Por qué no ahora?

—Porque no puede ser. Yo soy un poquito calculadora, lo reconozco. ¿Qué porvenir me aguardaba si accediese ahora mismo á sus deseos? El trabajo, tan agradable hoy para mí, se tornaría odioso, vendrían los hijos á entorpecernos la vida; ellos estarían desatendidos, y yo no tendría momento de tranquilidad... Mala madre y peor artista: eso sería yo, si, complaciéndole á usted, nos casáramos enseguida... Porque claro está que hablamos sobre la base del matrimonio, como Dios manda...

—¡Cierto que sí, Lucy! Si yo la quiero á usted como se adora á una imagen... Si hasta me parecía atrevimiento decírselo... Pero no: sus presunciones son equivocadas: una vez casados, usted no volvería á trabajar. Solamente yo saldría á la pista.

—¡Qué bonito! Y los aplausos para usted, mientras yo cosía la ropa. No me conviene. Mi programa es mejor. Seguimos como hasta aquí durante una temporada: seis ó siete años, á lo sumo.

—¡Siete años!

—Sí: somos muy jóvenes. Para entonces, tendré veinticinco. Como mi trabajo gusta y se paga muy bien, puedo ahorrar una fortunita con ayuda de Holofernes... ¡Oh! El pobre elefante es mi tesoro, mi compañero, mi amigo... Sola con él quedé al morir mis padres, sin otro amparo ni otro caudal; gracias á él, nada me ha faltado hasta ahora, ni dinero ni aplausos... Y el día que mis planes se realicen, cuando podamos retirarnos usted y yo á vivir como buenos burgueses, en París, como es mi ideal, regalaremos á Holofernes al Jardín Zoológico, y los domingos le haremos una visita, para llevarle panecillos de Viena, que son su encanto...

El director del Circo interrumpió la charla:

—¡A la pista, Miss Lucy! Llegó su número.

Ya traían á Holofernes, que barritó con alegría al ver á su domadora.

Escasamente tuvo tiempo de decir Edmundo:

—¿La espero á la salida para acompañarla? Ella le miró sonriendo.

—Sí.

ooo

Vestido ya de calle Edmundo, aguardó á Lucy, cuyo trabajo cerraba el programa. Como antes ella, desde la puerta de artistas lo estuvo contemplando con embeleso. Sonaron los aplausos del público. John, el criado de Lucy, se llevó á Holofernes hacia la cuadra, mientras la gentil inglesita marchaba á cambiar de ropa. Desde la puerta de su cuarto sonrió á Edmundo.

Pero al levantar la cortina, la sonrisa desapareció de sus labios. Un hombre, de elegante apostura, la esperaba.

—¡Ah! ¿Es usted, duque?—dijo ella, con marcada frialdad.

—Yo soy, Lucy. Perseverante.

—Obstinado, testarudo... impertinente.



—¿Lo dice usted en serio?

—¡Y tan en serio! Si con buenas razones no logro convencerle... ¿Cómo habré de decírselo? Es inútil.

—Y yo insisto en que es una pena que siga usted rodando de circo en circo, viendo marchitarse tontamente su juventud, su hermosura...

—Es mi gusto.

—Junto á mí tendría cuanto puede halagar á una mujer...

—Tengo todo lo que necesito. Holofernes me libra de malas tentaciones, gracias á él no me falta un puñado de monedas para vivir, y un poquito de gloria, que usted, con sus millones, no podría proporcionarme.

Salió el duque al pasillo, murmurando:

—¡Maldito Holofernes!...

ooo

Edmundo la esperaba á la salida, serio, grave.

—Ya he visto quien salió de su cuarto.

—¡Bah, el duque! ¿Y qué hay con ello? ¿Celos también? No sea usted criatura. Tranquílcese, si eso le inquieta. Ya sabe usted que Holofernes es mi salvaguardia, mi genio tutelar, porque me hace huir del mal sendero.

—Es que también la aparta del buen camino.

—¿Cómo es eso?

—Porque la separa de mí...

—No nos separa: retrasa nuestra unión, pero sin impedir la. Por el contrario, la favorece. ¡Cuánto mejor, retirarnos tranquilos, en vez de vivir errantes, llenos de preocupaciones, sin ningún entusiasmo por nuestra profesión que hoy nos agrada!...

Pero Edmundo no se convencía. Cuando se despidieron, murmuró, rencoroso:

—¡Maldito Holofernes!...

ooo

El revuelo en el Circo fué enorme. Holofernes se moría por momentos.

Desde la calle, oíasele barritar quejumbroso.

Un veterinario, avisado á toda prisa, advirtió síntomas de envenenamiento, imposibles de combatir, por la enorme cantidad de tóxico ingerido por el paquidermo.

Cuando llegó Lucy Stewart, ya era cadáver.

Daba pena ver, tumbado en medio de la cuadra, exánime, el enorme corpachón que horas atrás parecía invulnerable. La inglesa no tuvo lágrimas para la muerte de su compañero.

Su hondo pesar, revelábase en la lividez del rostro, en el extraño fulgor de la mirada.

Edmundo, como loco, deambulaba por los pasillos, sin aproximarse á Lucy. En un bar próximo, John, el criado, con la bolsa bien repleta, bebía *wisky* en abundancia.

ooo

Mucho antes de que comenzase la función, Edmundo, impaciente, volvió al Circo.

Al entrar, el portero le entregó una carta que había dejado para él Miss Lucy.

Con temblorosa mano rompió el sobre, sintiendo en las entrañas el desgarrón que anuncia una desgracia irremediable:

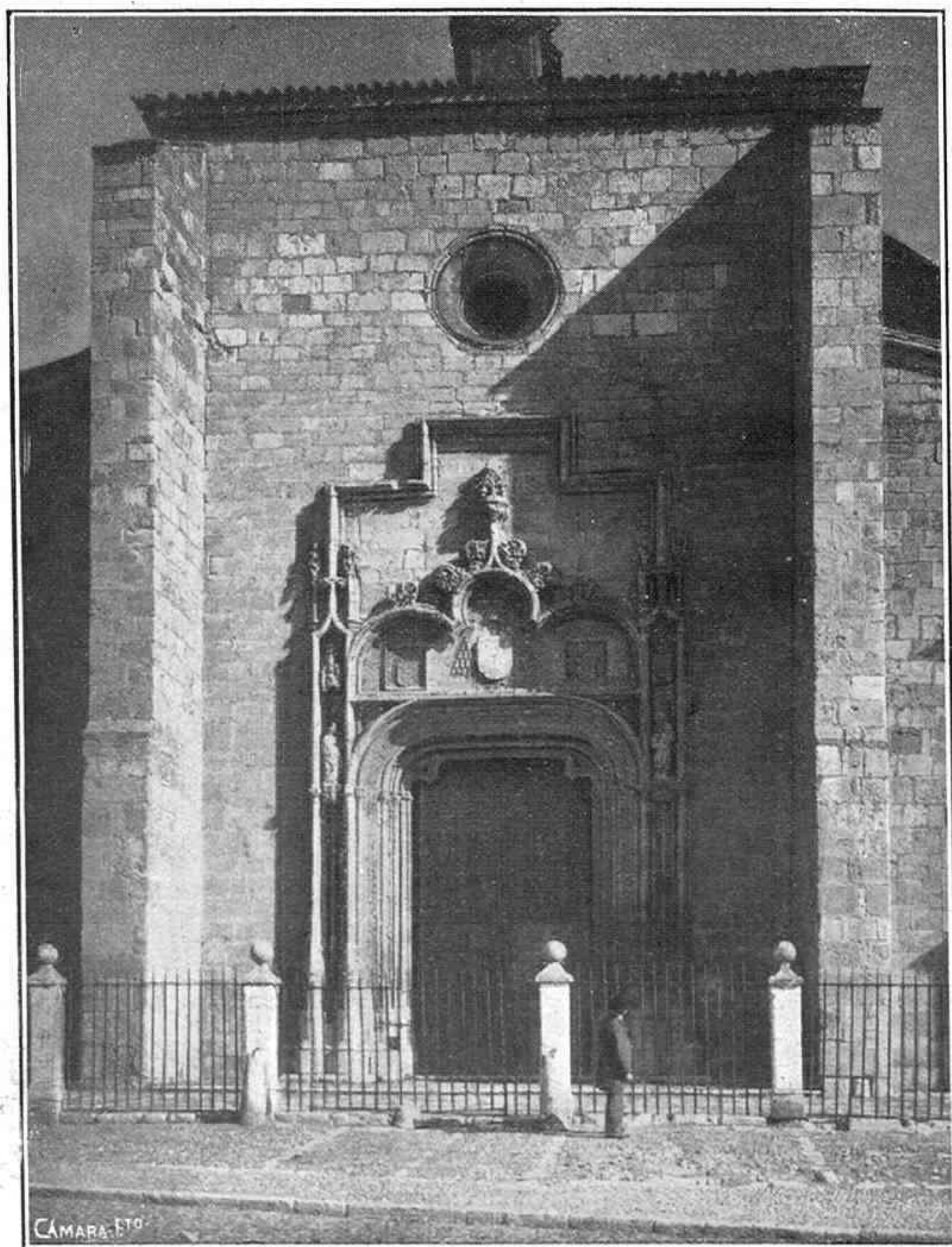
«La fatalidad ha truncado mis propósitos. Muerto Holofernes, me esperaba la miseria contigo, ó la opulencia con el duque. Ya te dije que soy algo calculadora... Me falta valor para rodar de circo en circo, sin el señuelo de los aplausos, que ya no serían para mí. Perdóneme, y reconoce que no es mía la culpa, sino del que, lleno de amor y buen deseo, dió la muerte á Holofernes, mi genio tutelar...»

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



MONUMENTOS ESPAÑOLES
LA COLEGIATA DE ALCALÁ DE HENARES



Puerta de la Colegiata



Interior de la Colegiata

UNA de las ciudades españolas de más rancio abolengo y de historia más remota, es sin duda alguna Alcalá de Henares, que si no fuese famosa por su estirpe, lo sería por haber sido cuna de Cervantes, el inmortal y admirado creador del *Quijote*.

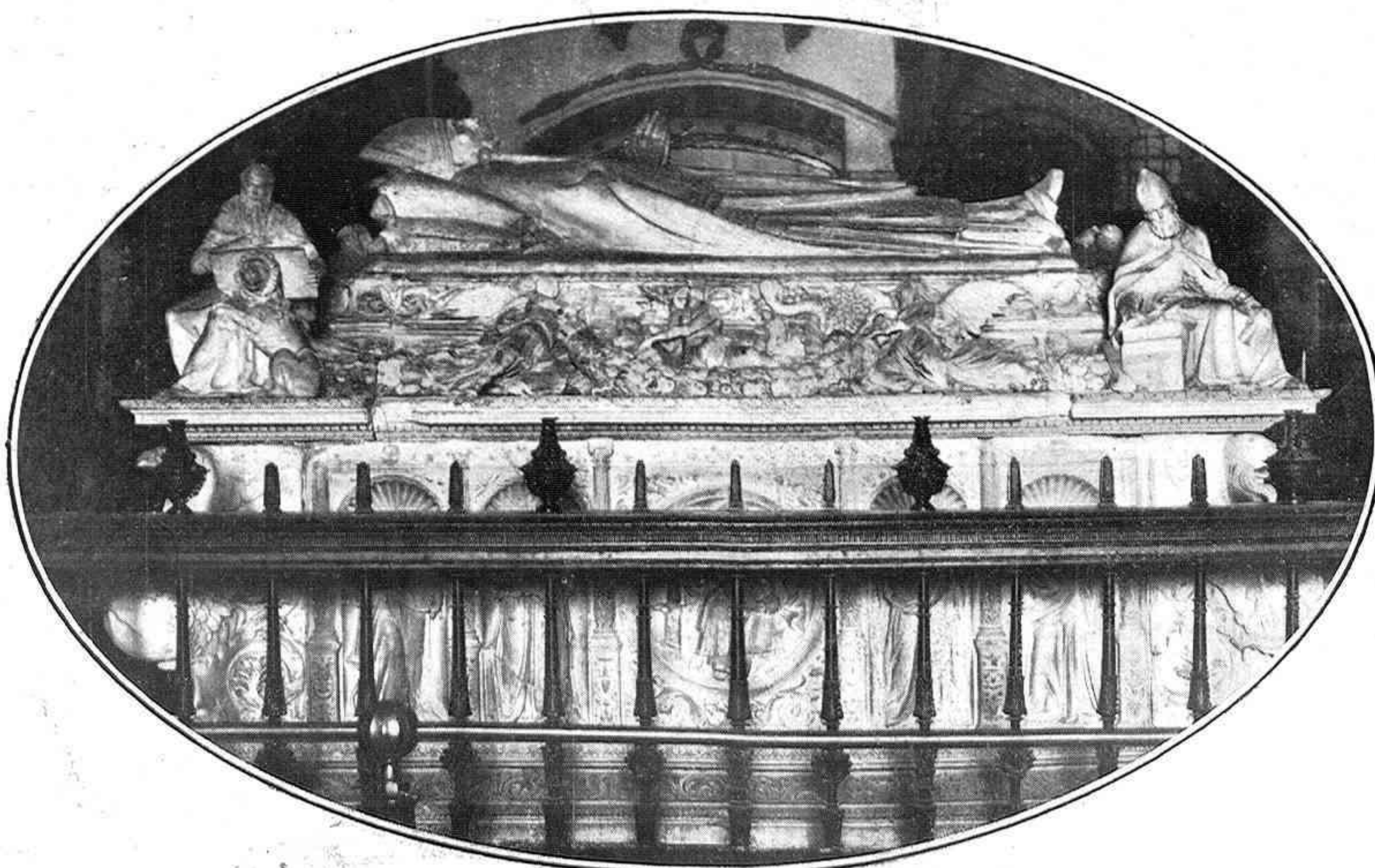
Escasas revistas y periódicos habrá en el Universo que al hablar de España no hayan hecho especial mención de Alcalá de Henares, la ciudad histórica, y en verdad que esta preponderancia, que data de épocas remotas, está harto justificada porque pocas, muy pocas ciudades hispanas, cuentan como Alcalá, con tantas y tan valiosas reliquias y tan admirables edificios de incalculable mérito artístico. De uno de éstos, acaso de los más importantes, vamos á ocuparnos hoy en estas páginas. Trátase de la Colegiata ó Iglesia Magistral.

Data esta Colegiata del siglo xv y su estructura, si bien más en peque-

ño, tiene bastante semejanza con la de la Catedral de Toledo, por el estilo ojival de su escultura, excepto la torre, que es de estilo mucho más moderno. En el centro de la nave principal, una de las tres de que se compone el interior y entre el coro y la capilla mayor, hállase enclavado el sepulcro del Cardenal Cisneros, que es de magnífico mármol italiano, labrado con admirables esculturas, por Dionisio Florentino.

Además del sepulcro del Cardenal Cisneros, ya mencionado, existen en la Colegiata de Alcalá de Henares las sepulturas de Pascual Pérez y su mujer, fundadores de un hospital en el siglo xiv, y el magnífico nicho de admirable artesanado donde reposa la efigie del sacerdote Pedro López.

Circundando el espacioso presbiterio, vése una artística y afligranada reja, que fué labrada por Juan Francés, con exquisito gusto y gran pure-



Sepulcro del Cardenal Cisneros

za de estilo. Desde ella puede contemplarse el retablo principal, de orden barroco, al cual se asciende por once escalones que destacan sobre el ábside. En los frisos laterales del presbiterio, hay unas inscripciones góticas que ensalzan las virtudes de la Virgen.

Bajo el ábside antes mencionado está la capilla subterránea, á la cual conducen dos portadas de orden corintio, adornadas con estatuas y relieves de gran mérito, y en la cual se custodian, con extraordinaria reverencia, las reliquias de los mártires de Compluto.

Tiene también algún mérito, aunque no tanto como el resto del templo, la sillería del coro, instalado en medio de la nave principal y circundado en su parte exterior de altares de escasa valía. Las portadas que dan acceso á las capillas son de estilo Renacimiento, y en el fondo de los brazos del crucero, que se distingue tan sólo de las demás arcadas por



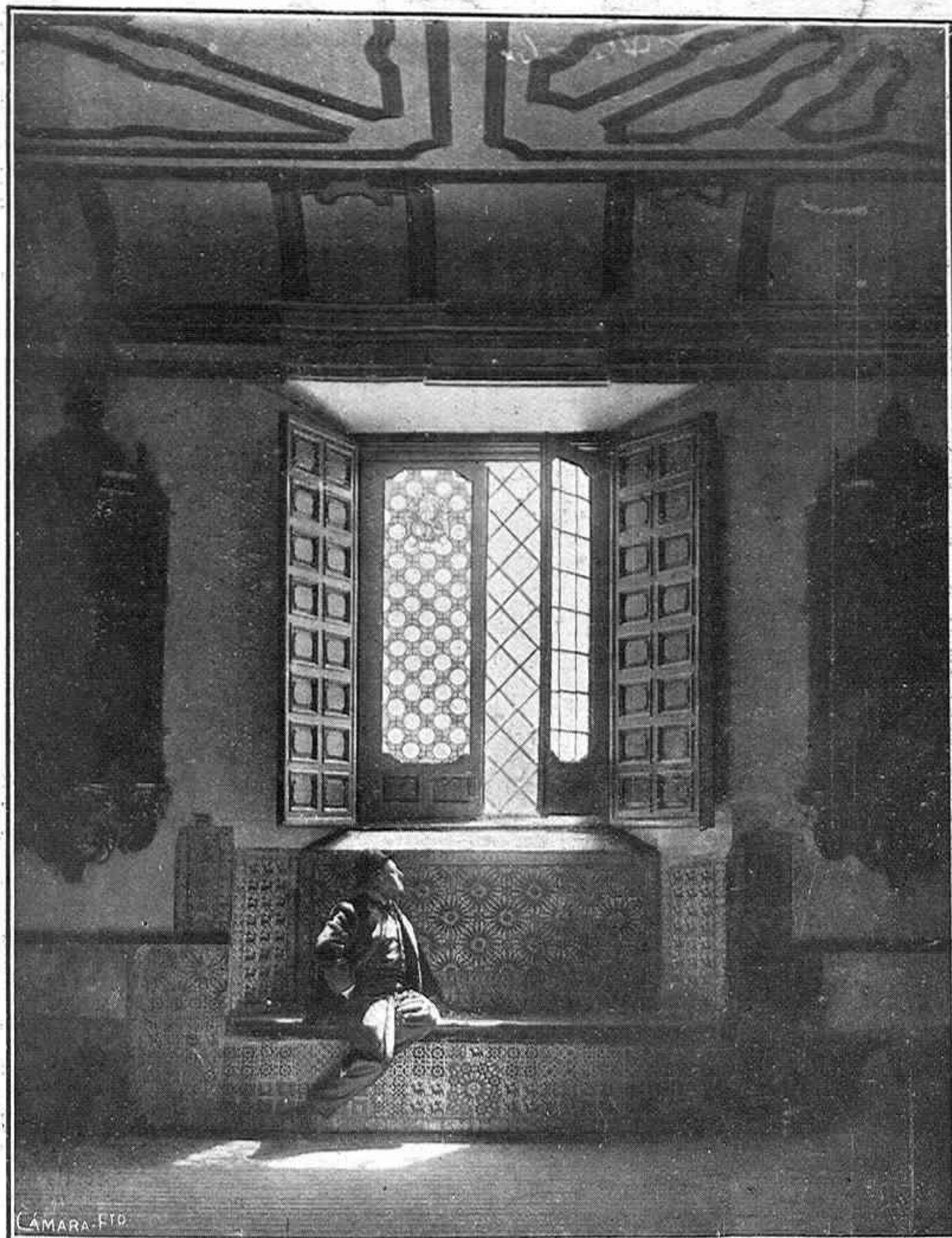
Interior de la Colegiata, actualmente en restauración

su mayor anchura, asoman otros dos altares, bastante más antiguos y har-to deteriorados.

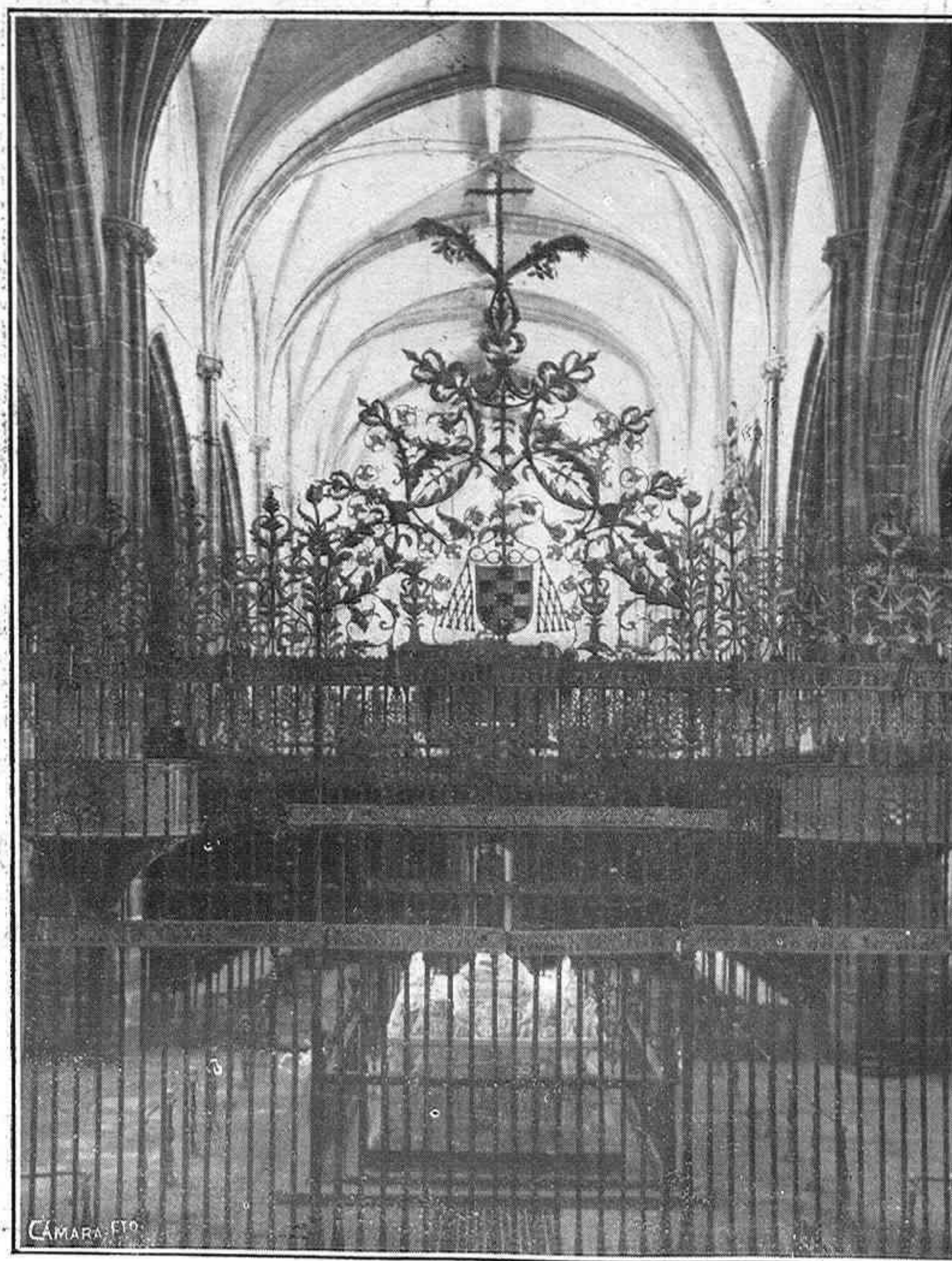
Para terminar, sólo resta decir que la famosa Colegiata tomó el nombre de Iglesia Magistral, en 1519, por orden expresa de León X, que adoptó este acuerdo en atención á que todos los prebendados eran doctores.

Como dato interesante, debe dejarse consignado que el título de iglesia magistral que ostenta la Colegiata de que nos ocupamos, no lo tiene en el mundo ningún otro templo, á excepción del de Lovaina, que seguramente á estas fechas habrá sufrido en su integridad merced á la ola de sangre que ciega á Europa.

Por las fotografías que acompañan á esta brevísima reseña—obtenidas por el notable artista, señor Cánovas—, podrá el lector darse una idea de la importancia de este edificio, que avalora la riqueza monumental con que cuenta España.



Detalle de la sacristía de la Colegiata de Alcalá



Verja que separa la Colegiata del sepulcro de Cisneros

FOTS. CÁNOVAS

FIESTA RELIGIOSA EN VALENCIA



Solemne ceremonia de la comunión de impedidos en el Hospital Provincial de Valencia, celebrada con toda religiosidad, y que constituye una dulcisima nota de misticismo fielmente reflejado en la bella fotografia obtenida por nuestro redactor artistico Sr. Gómez Durán

GÓMEZ DURÁN

LA GUERRA EN EL ORIENTE EUROPEO Á ORILLAS DEL VÍSTULA

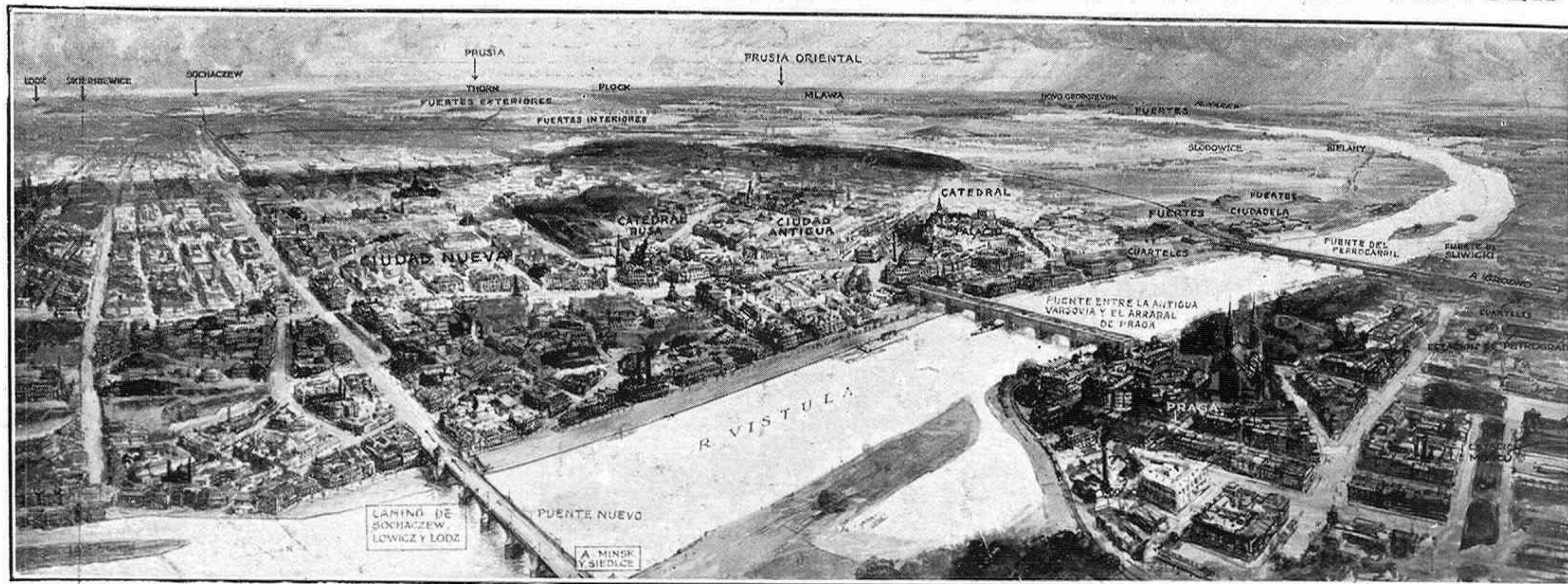


Gráfico del Vístula y de la ciudad de Varsovia

Rusia dispone de contingentes enormes á los que imprime una acometividad vigorosa, y en vano la acción maniobrera del mariscal Hindenburg, contiene y castiga, de vez en vez, la audacia moscovita; los maltrechos ejércitos del Zar, buscan el apoyo infranqueable del Vístula y á su abrigo se rehacen, reponen fuerzas, restañan heridas, fortifican enérgicamente la moral de los combatientes, y de nuevo aparecen frente á las huestes germanas, decididos, audaces, vigorosos.

Varsovia es base de operaciones y escudo protector de los ejércitos que, en su campo atrincherado, se rehacen de quebrantos que parecieron enormes y son pasajeros, la bella capital de Polonia es fuerte en ambas orillas del caudaloso Vístula, y los ejércitos que desde ella irradian, pueden bajar, sucesiva y separadamente, á los dos adversarios: Prusia y Austria; bastándoles para realizar tal plan, maniobrar napoleónicamente, primero sobre los germanos de la Prusia Oriental y más tarde sobre los austriacos que vigilan los desfiladeros de los Cárpatos.

El ilustre general Kuropatkin, caudillo manchuriano y ministro de la Guerra ruso, en 1900, dijo respecto á las condiciones de defensa del vasto imperio, en un documento completado en 1906, que desde el Báltico al mar Negro confina Rusia 1.180 kilómetros con Alemania y 1.717 con Austria-Hungría, con fronteras recilíneas en su principio y en su fin, más convexo en su centro que afecta forma de cuña entre Alemania y Austria, constituyendo esta cuña el más excelente condición maniobrera del viejo reino de Polonia, con Varsovia como cabecera de la circunscripción militar.

El famoso general moscovita previendo esta guerra, y reconociendo la más excelente condición maniobrera del ejército alemán, estimaba que la cuña polaca más bien había de presentar inconvenientes que ventajas; llegaba Kuropatkin en sus hipótesis hasta sospechar que el pue-

blo polaco hostil á Prusia y amante de Austria, y el Báltico de origen y de lengua alemán, serían factores favorables á los enemigos del Imperio.

Alemania, siempre previsora, estudió esta lucha y la preparó construyendo 17 líneas férreas que afluyen á la frontera de Polonia y que consienten la circulación de 500 trenes militares. Esta enorme cifra indica la facilidad germánica de hacer en un momento dados grandes esfuerzos maniobreros que permiten la superioridad numérica en el lugar adecuado.

Así como Varsovia es excelente base de operaciones de los ejércitos del Zar, Koenisberg y Thorn son magníficos centros bélicos de las huestes del-Kaiser. En ellos acumularon en la era de paz los alemanes numerosos depósitos y organizaron con cuidadoso celo el fácil paso del Vístula. Rusia sólo opone á las 17 líneas alemanas de esta zona de operaciones, cinco; Austria lleva hasta la frontera de Polonia y Galitzia, ocho líneas, de ellas sólo dos de doble vía, y Rusia en esta parte tiene cuatro, de una sola vía.

Kuropatkin da fin á su documento patriótico diciendo:

«No obstante nuestra falta de preparación, ni los austriacos, ni los alemanes se atreverán á entrar alegremente en nuestro territorio, porque conocen la valerosa oposición del ejército y de la nación rusa en una guerra patriótica. En cambio, nosotros no podemos creer que lograremos fácilmente una victoria decisiva. Especialmente Austria, con su numeroso ejército, admirablemente provisto de todo lo necesario, apoyado sobre la Galitzia austriaca y espléndidamente organizado, bajo una sabia dirección, puede paralizar un ataque nuestro, por fuertes y enormes que sean nuestros efectivos.»

Harto pesimistas son estas manifestaciones del caudillo moscovita que, por la acción de un general estratega, como Hindenburg, han resultado equivocadas, en cuanto á lo de suponer más fuerte en la frontera de Polonia á Austria que á Alemania.

Los rusos siguen fuertes en Varsovia. Por sus calles pasan á diario tristes convoyes de heridos que hallan reposo en sus hospitales á orillas del Vístula; sobre su recinto fortificado volaron *taubes* y *zeppelines*, sembrando muerte y terror, y la vieja ciudad, que vió un tiempo el

poder de sus condes y gozó de independencia secular, siente sueños de libertad entre las garras de hierro de rusos y de germanos. Los austriacos fueron alejados por la acción de las armas rusas: Lemberg, primero, Przemyls después, cayeron en manos de los osados moscovitas. Varsovia sólo teme la presión decidida de los soldados del Kaiser y hasta ella tan pronto llegan fehacientes pruebas de tremendos desastres moscovitas, como nuevas de victorias grandiosas conseguidas por las huestes del Príncipe Alejandro.

Espíritu de sacrificio que sabe abnegadamente rehacerse de grandes quebrantos. Objetivo de las armas germánicas, espera resignada la partida final.



Distribución del pan á 15.000 prisioneros rusos en Augustov

FOT. TRAMPUS

CAPITÁN FONTIBRE

LOS DESTROZOS DE LA GUERRA



CÁMARA F.º

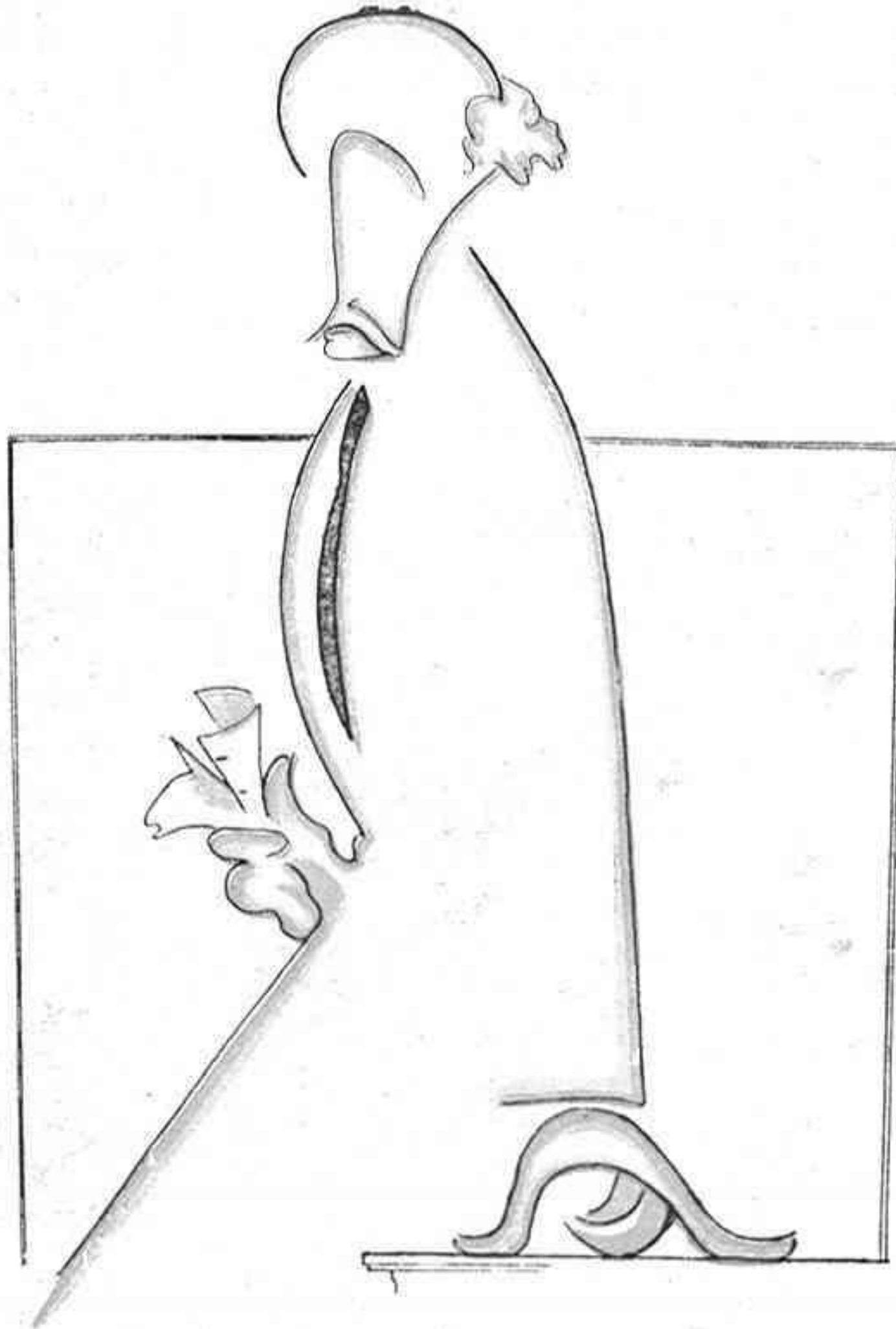
INTERIOR DE LA IGLESIA CATÓLICA ADAPTADA AL RITO GRIEGO, EN SUWALKI, DESPUÉS DE HABER SIDO ABANDONADA POR LOS RUSOS

EN DE
BIBLIOTECA
MADRID

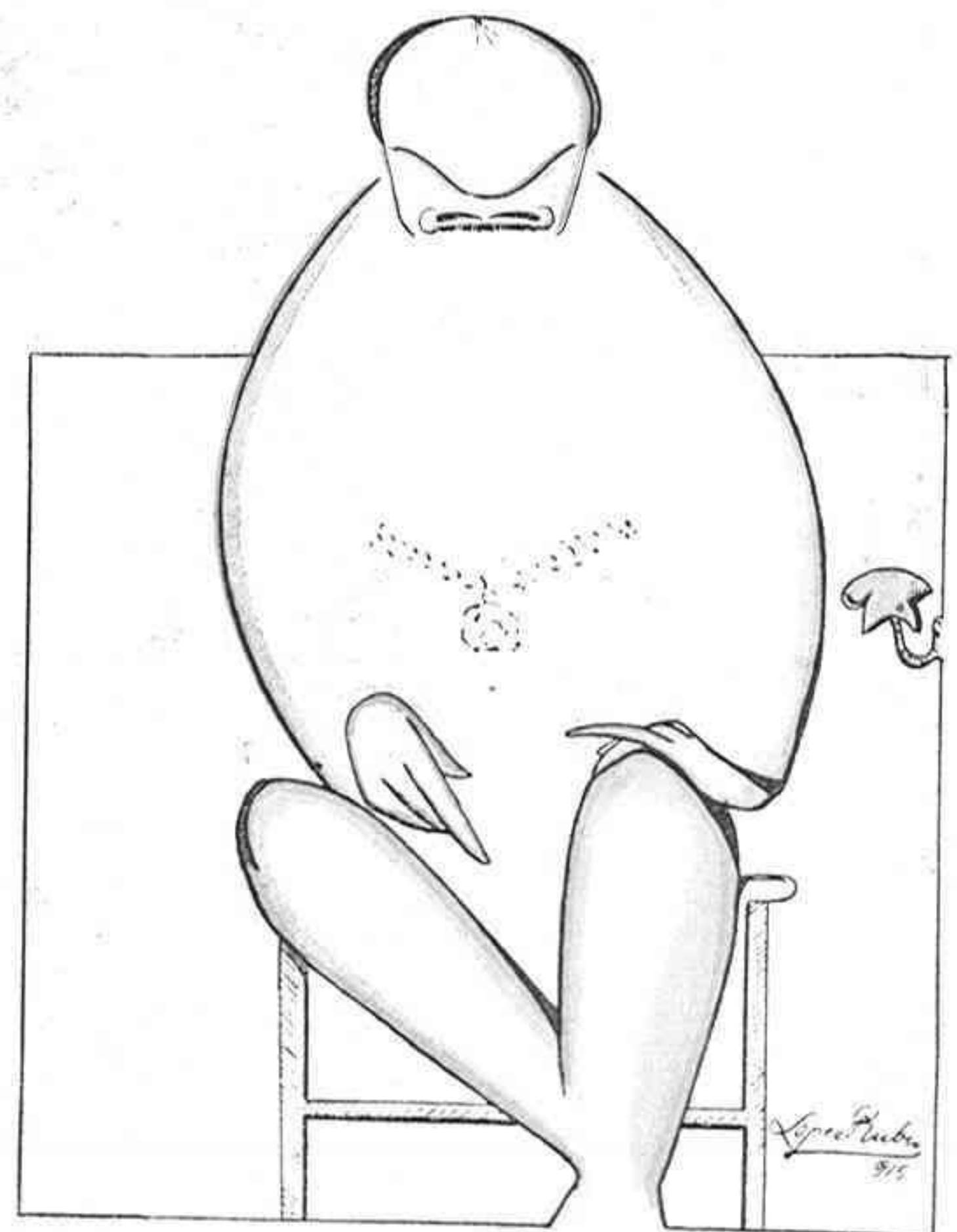
UN NUEVO CARICATURISTA
FRANCISCO LÓPEZ RUBIO



ROMANONES



DATO



RODRIGO SORIANO

CADA vez nos sorprende y maravilla más este admirable resurgimiento de la caricatura en España. Sin semanarios satíricos, sin suficiente público que compre obras en las exposiciones, mirados con cierto desdén por muchos directores de periódicos y amenazados siempre por unas leyes que antes excitan la rebeldía que merecen el respeto, los caricaturistas españoles están en unas lamentables condiciones de inferioridad para la lucha cotidiana.

Les faltan estímulos y les sobran obstáculos. Más paciencia y más abnegado amor á su arte precisan que pintores, escultores, poetas y prosistas con no ser poca la que han de emplear esos Quijotes en la tierra de los Sanchos.

A cada nuevo caricaturista, nuestro asombro aumenta y casi nos sube á los labios frases de desaliento y de consejo.

—Pero, hombre, ¿también usted? Mire que se va á morir de hambre y de desesperación. ¿Por qué no se mete usted á torero, ó á diputado, ó á concejal, ó á otra cosa igualmente nociva? Mire que sólo estos señores son los que viven en España. Rompa, iluso joven, los lápices, y si no encuentra otra cosa mejor que hacer, lea la cuarta plana de ciertos periódicos donde se anuncian señoras que protejen á caballeros y caballeros que solicitan protección de tales señoras.



Francisco López Rubio

Pero no decimos tal cosa, porque el mero hecho de dibujar caricaturas en España es ya un motivo de admiración y de respeto para nosotros.

Además, cada nuevo caricaturista viene á reforzar el indiscutible renacimiento del género y habrá de contribuir lo mismo que nuestros artistas y nuestros escritores á que el nombre de España figure al frente de la civilización europea.

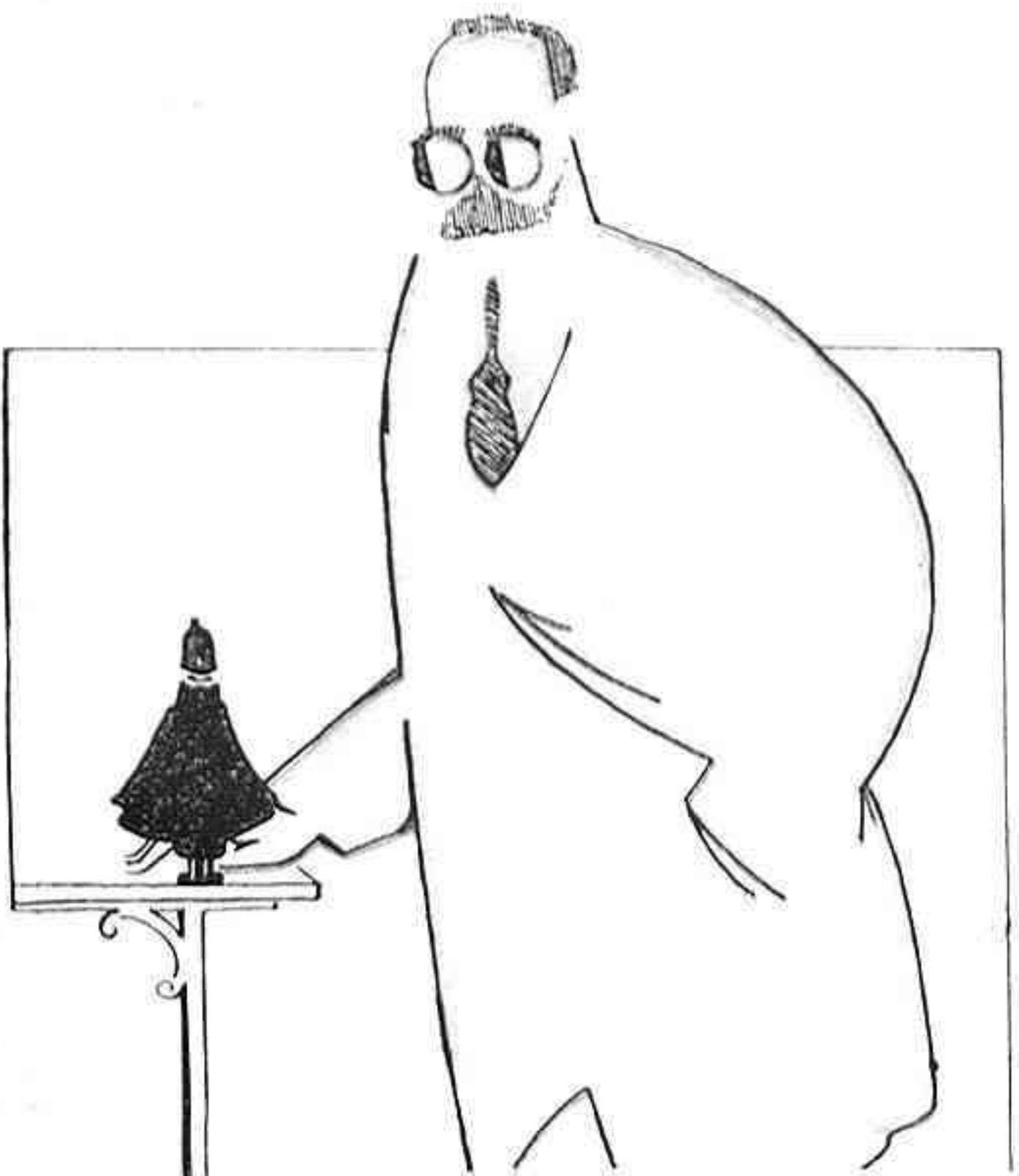
Nada menos. Si en España hay una gran decadencia de las cosas inútiles como la política y un apogeo vergonzoso de las cosas perjudiciales como la tauromaña, en cambio el arte y la literatura están en un momento de esplendor desconocido desde el siglo XVII (salvemos la figura colosal de D. Francisco de Goya).

Francisco López Rubio quiere contribuir también á esta labor de renovación ética y estética que realizan los escritores y los artistas españoles.

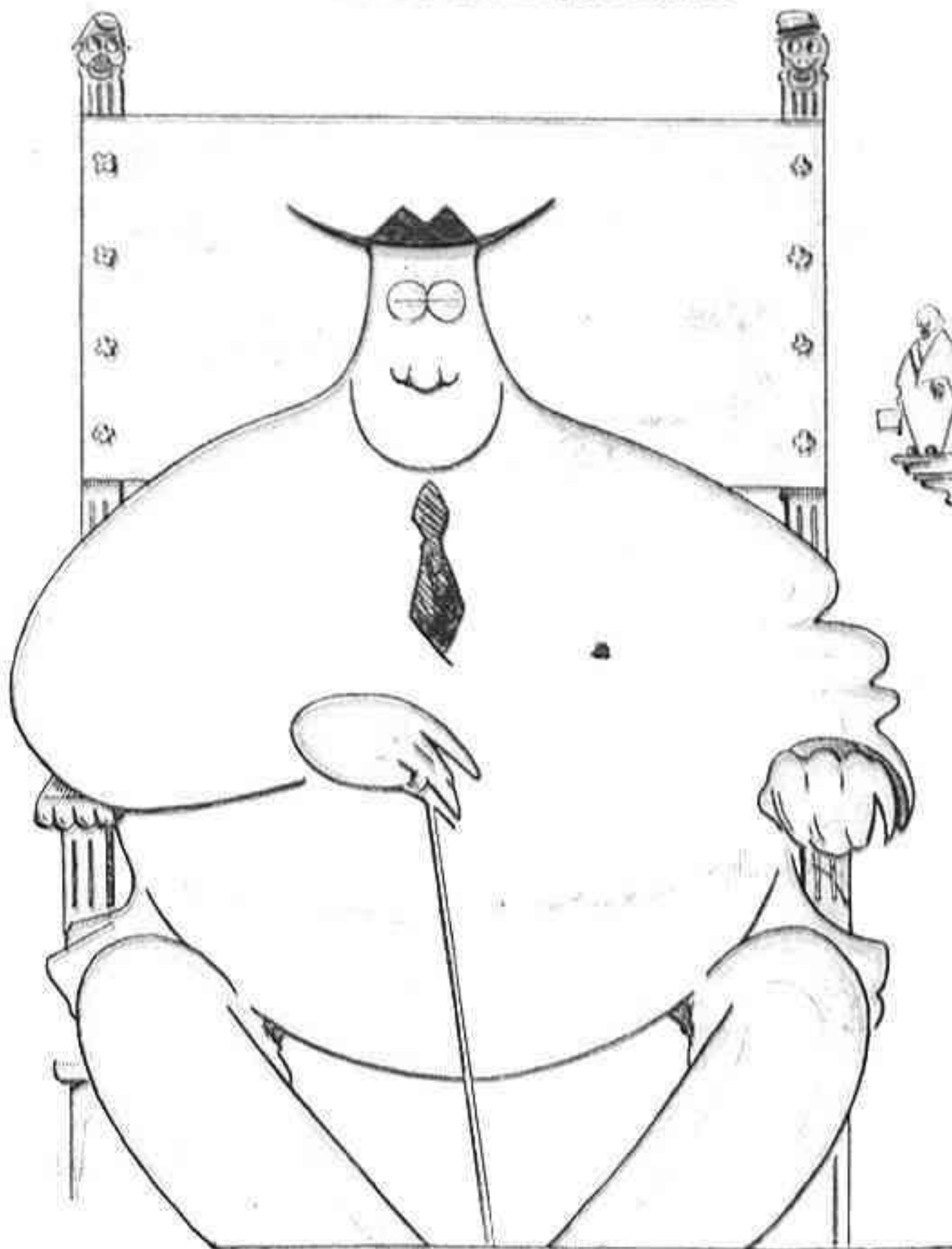
LA ESFERA, siempre propicia á otorgar sus páginas á quien lo merece, publica hoy las primeras caricaturas de este mozo granadino de veinte años, que tiene derecho á triunfar.

Las caricaturas de López Rubio son graciosas, intencionadas y de una sabia estilización.

Y, sobre todo, son las primeras. Juzgad cómo serán entonces las futuras.—S. L.



SÁNCHEZ GUERRA



LERROUX



GARCÍA PRIETO

PÁGINAS POÉTICAS

EL ALMA DEL JARDÍN

—Noche tranquila y vaga de añoranza y ensueño.
El jardín está envuelto en sombras misteriosas...
En medio del estanque la luna es un pequeño
surtidor de reflejos de estrellas silenciosas...

—Llega á mi corazón, como un dulce beleño,
el alma del jardín, en ondas olorosas...
La Primavera duerme feliz su primer sueño
esta noche de Abril, en su lecho de rosas.

—Vela sobre el silencio la flor de la añoranza,
incensario, en la noche, de perfumes lejanos
mecido por la brisa de la melancolía.

—Albo lirio de ensueño, recuerdo y esperanza.
Cáliz de mi consuelo, te elevarán mis manos
cuando se alce la Aurora que anuncie el nuevo día.



LA PRIMAVERA HA VUELTO...

EL CAMPO ESTABA ALEGRE...

—Llamaron al cristal de mi ventana;
serían al pasar las golondrinas.
La primavera ha vuelto.
Esta mañana
cogí un ramo de flores campesinas.

El campo estaba alegre
y mi alma era
como una alondra que dejase el nido
para ver despertar la Primavera.
¡Todo á la luz del alba era florido!

Llegaban blancas nubes del Oriente,
como cisnes cargados de azucenas

ó navíos de plata, bajo el puente
de la Aurora,
llevados por sirenas.

El campo estaba alegre
y mi alma era
como una mariposa entre las flores.
La tierra parecía una pradera
poblada de rebaños y pastores.

Era un paisaje helénico.
Las aves
alegraban la vida con su canto,
y en la flauta de Pan, dulces, suaves,
mil notas tocó Amor, para mi encanto.

El campo estaba alegre
y mi alma era

como una oveja libre del redil,
donde pasó el invierno prisionera.
¡Vuelve la vida cuando nace Abril!

Hoy cantaron alegres las campanas
y ví llegar por todos los senderos
del mundo á los pacíficos romeros
en extrañas y largas caravanas.

El campo estaba alegre
y mi alma era,
entre las plantas del Abril florido,
como una alondra que dejase el nido
para ver despertar la Primavera...

GOY DE SILVA

DIBUJO DE ECHEA

ECOS DE LA GUERRA LA HISTORIA EN CINEMATÓGRAFO

Sigue triunfando la película sobre el teatro hablado, y le llamo así, distinguiéndole del cinematógrafo, que también es teatro, aunque mímico. Vence la *cinta* por varias causas que no son para referidas en este momento. Lo oportuno ahora es saber que el *film*, buscando mayor espacio para sus hazañas, desea reflejar las que realizan millones de hombres metidos en una tragedia de verdad; entregados a los más bárbaros y resonantes excesos.

Huelgan actualmente los esfuerzos, la invención y las ficciones, porque lo imaginado, se queda en mantillas ante lo real. Quienes urden las composiciones cinematográficas ¿para qué exprimen el caletre combinando horrores artificiales si los verídicos dan quince y raya a la más cruel y sangrienta fantasía? Por lo mismo hay quien pide el envío de *operadores* a la gigantesca campaña europea; para que las placas recojan impresiones de exterminio y pueda la historia referir en lo futuro, con positivos pormenores, todo el espantoso drama del presente.

Las autoridades militares en Francia, pensaron enviar a los campos de batalla pintores y dibujantes, con el fin de que trasladasen a lienzos y papeles las dolorosas escenas de la lucha. Ante tal pensamiento, un articulista de *Le Journal* ha escrito: «¿Pintores y dibujantes? ¡Quiá! Para el caso servirían más y mejor los operadores del cinematógrafo». El señor Urbain Gohier, que es el escritor aludido, defiende del siguiente modo su opinión. Alardean los pintores de interpretar con diferencias personales, las impresiones del natural. Un mismo espectáculo, igual paisaje, determinado objeto, se reproducen por cada artista conforme a su peculiar criterio, a su manera de sentir y a la escuela de sus predilecciones. La historia de la guerra que ha de recogerse para lección de las generaciones futuras, no debe ser alterada por genialidades, artísticas. ¡Que los acontecimientos pasen incólumes desde la tierra en que se verifican, a la tira en que han de perpetuarse! Eso es lo que ansía la crónica de los hechos, a la que daña mucho que las pasiones humanas los desnaturalicen...

Recuerda Gohier que la famosa campaña de 1870, dió empleo al talento de varios artistas que pintaron ateniéndose más a las nobles inspiraciones de su amor a la Patria, que a las rígidas, y a veces desconsoladoras, de la realidad. Cita luego los cuadros de Versalles, donde desde hace más de cuarenta años, los franceses aliviaban el pesar de tristes recuerdos, viendo en lienzos, hábilmente cubiertos de color, victorias y ventajas que los hechos nunca registraron. Tales cuadros han perdido ya interés, porque la guerra del 70 se ha convertido en una escaramuza, al compararla con la actual.

Quando el término de esta llegue, otros pintores fijarán en la tela—y buena cantidad será necesaria—, los culminantes episodios de la pelea en que están enredados cuatro imperios, un par de monarquías y una república.

Para entonces, sostiene el cronista, que sería preferible al cuadro el cinematógrafo, porque la historia descrita al través de las naturales inclinaciones del pintor, no suele ser fiel. Los artistas modernos, estimulados por el deseo de mostrarse a un mismo tiempo servidores de la gloria de su nación, y de la verdad, sólo han interpretado, con más ó menos destreza, documentos convencionales. Dibujaron soldados muy limpios, muy peinados y pulcros, que desfilan ó cargan con una corrección más propia de vistosa parada que de combate. Los *peludos*, que ahora se guarecen en las trincheras, no tienen en verdad el aspecto de salir del cuarto de aseo. El espectáculo que ofrece un campo de batalla, es de tal manera espantoso, de tal modo siniestro, que ningún pincel puede reproducirle exactamente, ni la más diestra pluma describirle con fidelidad. En cambio, el cinematógrafo recogería, con toda su crudeza, con toda la bárbara hermosura y la inmensa atrocidad que las caracteriza, las escenas de las batallas, las trágicas peripecias, los lances encarnizados, los supremos momentos de los combates.

Las *cintas* de la guerra no complacerían seguramente tanto, como los cuadros patrióticos, pero servirían como lecciones de cosas a los

militares para sus enseñanzas y a los pueblos para su escarmiento.

Los yanquis han puesto ya en práctica la utilidad del cinematógrafo, y en su última expedición a Méjico iban con las tropas secciones encargadas de formar películas que testimoniaran, con auténticas imágenes, los estragos de la contienda civil y el modo de maniobrar de los insurgentes. Una gran parte del público considera que el cinematógrafo es una diversión, y como tal le mira. No sólo incurre en tal dislate el vulgo; señores muy principales caen a veces en tal error. Hará media docena de años, que un ministro de Instrucción Pública de España, perteneciente por más señas al partido conservador, mostrábase extrañado de que en el Presupuesto figurase un aparato cinematográfico. Ignoraba que las *cintas* sirven para cosas muy útiles, que no son ciertamente las de dar vida a escenas melodramáticas inverosímiles y téticas, é impunidad al refocilamiento de jovencitas sensibles y muchachos de sangre viva y humor alegre.

El cinematógrafo es un maestro que explica



EL GENERAL HINDENBURG
General en jefe de las tropas alemanas que operan
contra los rusos

sin palabras, cuenta sin retóricas, pinta sin falseamientos. Lleva a la contemplación el impenso gesto, el imprevisto lance, el suceso surgido por azar. Describe el terror, la pasión, el duelo, la catástrofe y el rasgo valeroso; el estoicismo, la alegría y el movimiento de placer. Es crónica palpitante, espejo de la Naturaleza, copia fiel de los hechos. Por lo mismo está bien explicado que se le pida para redactar la historia, porque en sus páginas no habría nunca las adulteraciones producidas por la parcialidad, por el error, por el orgullo ó por el miedo.

En los campos de Francia, de Bélgica, de Austria ó de Rusia; allí, donde pelean ejércitos contra ejércitos, donde de trinchera a trinchera se libra á cañonazos el duelo que parece interminable; donde se besan la edad antigua y la moderna, ofreciendo el espectáculo de la lucha cuerpo á cuerpo, como en los viejos siglos, y la lucha amparada por la invención maravillosa del aeroplano; para que la crónica sea exacta y el lápiz fiel, y quede relato imparcial de lo sucedido que enseñe á los hombres, se impone el cinematógrafo, narrador sin mentiras, de cómo se amontonan los muertos, se destruyen los pueblos, se devastan las campiñas y se realiza el más inicuo de cuantos crímenes de lesa humanidad, se cometieron á lo largo de la vida.

En el Museo de Versalles eran muchos los que iban á consolarse de la derrota del 70 y á sentir el deseo del desquite, contemplando los arranques marciales de los soldados franceses, que pintados por compatriotas mostraban muy atenuada su desventura. En el Museo de Berlín, he visto el encanto con que familias enteras deteníanse admiradas ante los trofeos militares y ante los cuadros, donde se recuerdan hechos famosos de la guerra franco-prusiana y donde aparecen glorificadas las figuras del Emperador Guillermo I, del Príncipe Federico, de Molke, de Bismarck. Todo ello contribuía á poner en los corazones menos dispuestos á nuevas contiendas, el afán por reanudarlas; á procurar que en las almas pacíficas, se encendiera otra vez el fuego bélico.

Los cuadros que el cinematógrafo recogiese ahora en los campos de batalla, serían menos consoladores que los de Versalles y menos animosos que los de Berlín. La *cinta* se cubre de realidades que están en movimiento y por lo mismo impresionan con exactitud completa.

De tal modo existe la persuasión de que el «cine» será el narrador más interesante y justo de la contienda actual, que las pocas películas impresionadas en los campos de batalla produjeron en quienes las han visto, un efecto formidable. Para que este efecto no se generalice con todas sus consecuencias, se ha prohibido la proyección pública de las escenas de la campaña. Para el día en que ésta cese, no habrá historiador más eficaz que el de las proyecciones donde todo será horror y espanto. Los militares podrán estudiar cosas útiles al conocimiento de la estrategia, como el fisiólogo recoge en el experimento y el clínico en la autopsia, datos valiosísimos para saber cómo funciona el organismo humano en la salud y en la enfermedad. Serán útiles tales enseñanzas, porque después de lo ocurrido no es presumible que se vuelva á las dolorosas monsergas de que ya no puede haber guerras.

Más útiles aun que para los militares, serán para los países en general las enseñanzas de la historia cinematográfica de la guerra; porque los cuadros téticos de muertos, heridos, prisioneros; de templos deshechos, ciudades derrumbadas, campos arrasados, producirán el efecto que causa en el delincuente la contemplación de los estragos de su culpa. La historia de la guerra actual, ha de ser como un remordimiento vivo de varios pueblos y podrá titularse de este modo: «Consecuencias que produjo en la vida de muchos millones de seres humanos civilizados el abandonar á su maltratada madre la Civilización».

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES
“LA MARSELLERA”

«... Y los soldados franceses atacan á la bayoneta, con hermosa furia patriótica, cantando entusiasmados *La Marsellesa*...»

Esto nos repiten muchos días los cronistas de la guerra, y no vaya á creerse que lo reproducen para sonreírme de esos ataques orfeónicos, más propios de escenario teatral, que de campo de batalla. y vistos, tan sólo, probablemente, en la mollera de un corresponsal lírico.

No es que niegue la posibilidad de esos ataques con música. La historia nos señala mucho y las leyendas más. Y para cortar el paso á los maliciosos, me apresuraré á consignar que igual credulidad concedo á esa clase de ataques cuando se los atribuyen á cualquier otra nación.

Que los soldados al embarcarse hacia el lugar de la contienda, canten con todo el ardor patriótico que se quiera—quizás como cantan los niños para ahuyentar el miedo ó para evitar que les posea,—tal vez para aturdirse y olvidar lo que dejan, y, al mismo tiempo, no mirar el incierto é ignorado porvenir, no es ninguna cosa que sorprenda. Todos sabemos, porque lo hemos visto, que así es y que es lo más natural. Y ahí están, por no citar más que una sola obra literaria, los soldados de *La Bestia Humana*, cantando camino de la catástrofe.

Pero que en el momento supremo de la lucha, cuando el fuego cesa y el hierro ha de desenlazar un encuentro, me parece que para todo estará el soldado que empuña el mango de la bayoneta, como llamaba Bismarck al fusil—sea francés, alemán ó chino—, para todo, menos para ponerse á cantar.



“Rouget de l'Isle”, alto relieve de David d'Angers

Además, si á todos les diera por cantar y la garganta les permitiera lograr el capricho, como el andar á trompadas no es lo más á propósito para llevar el compás, menudo guirigay se armaría, y si es verdad que la música influye en los nervios, que sí es verdad, aquel desconcierto podría muy bien causar un descalabro é infligir un escarmiento á los combatientes filarmónicos...

Esto, no obstante, como yo no he estado en ningún combate, puede creer cada cual lo que guste, porque ni yo trato de convencer de lo que no he visto, ni vine á eso... Venía á recordar á quienes lo sepan, que no serán muchos, y á contar á quienes lo ignoren, que serán los más, el origen de *La Marsellesa*, ese grandioso himno que no puede escucharse sin sentirse uno capaz de todo heroísmo, sobre todo á los veinte años, la edad en que no hay corazón que no sea republicano, según decía Lamartine, que no había presenciado los tiempos presentes en que á los veinte años hay quien es ya conservador y viejo...



“Rouget de l'Isle, cantando la Marsellesa”, por Pils. (Museo del Louvre)

¡*La Marsellesa!*... A juzgar por la popularidad del himno, creerán muchos que debió proporcionar una fortuna á su autor... Más bien, quizás, fué su desgracia.

¡Pobre Rouget de l'Isle! ¡Cuán lejos estaba de creer, cuando compuso sus inmortales estrofas, que acababa de crear el himno de su país!

Cuando la noticia de la declaración de guerra por Francia á Austria llegó á Estrasburgo, el alcalde Dietrich organizó una fiesta patriótica que terminó en un banquete. Entre los convidados se hallaba un oficialito con mucho talento, Rouget de l'Isle, que ya había conseguido alguna notoriedad como autor de varias composiciones poéticas y musicales. Dietrich le propuso la composición de un himno de guerra *para animar y guiar á nuestros jóvenes soldados*, dijo. El joven capitán prometió intentarlo. Vuelto á su casa, cogió su violín, y de una alentada, como quien dice, improvisó seis estrofas, letra y música. Al día siguiente, 25 de Abril de 1792, levantóse á las seis de la mañana, y en cuanto hubo dado algunos ligeros retoques á su composición fuese á mostrársela á un amigo suyo, y como vió que le agradaba se la llevó al alcalde. Dietrich, después de dar una ojeada al manuscrito, dijo: «Subamos al salón para que ensaye vuestra obra al piano. A primera vista me parece que debe ser muy buena ó muy mala.» Luego habiéndola examinado atentamente y hallándola muy meritoria, llamó á su sobrina para que acompañase la canción al piano. Rouget entonó el himno y produjo gran impresión en

todos. Tanta, que el alcalde acabó invitando á almorzar á los mismos comensales que habían presenciado cómo ensayó la canción. A la obra del capitán se le dió el nombre de *Canto de guerra del Ejército del Rin*, y se le dedicó á Luckner, su comandante general. La letra se publicó en un periódico local y pasó inadvertida ó poco menos.

De paso por Estrasburgo, un comisionista marsellés compró el periódico y se entusiasmó con la lectura de aquellos versos. Llegado á la población de su naturaleza, la bella capital del Medirráneo, declamó la poesía en un banquete, y tal emoción y tan gran entusiasmo inspiró que fué adoptada como canto de guerra por los revolucionarios, adaptándole la música de una canción popular entonces en Marsella.

Cuando Barbaroux ordenó la ida á París del batallón de los Marselleses, en las proximidades de la célebre jornada del 10 de Agosto en que se hundió la realza, aquellos revolucionarios hicieron su entrada en París, cantando las estrofas de Rouget de l'Isle. Aquella entrada fué saludada como un advenimiento épico y el himno recibió el nombre de los que le habían procurado tan rápida popularidad.

¡Y curioso contraste! Días después, Rouget de l'Isle, el autor de las estrofas, que sin él haberlo pretendido inflamaban todos los pechos en ardores revolucionarios, era destituido porque se había negado á prestar juramento de fidelidad á la República, y se veía obligado á emprender la fuga.

Y mayor ironía: Rouget, que ignoraba el nombre que se había dado á su himno, lo supo de labios de un montañés que le guiaba en su fuga á través de los Alpes. Más tarde, bajo el Terror, fué encerrado en la cárcel, y, milagrosamente, logró salvarse de la guillotina...

Vivió pobre y miserable, y acabó por verse nuevamente encarcelado por deudas el hombre á cuyo estro tanto debían la Revolución y Francia...

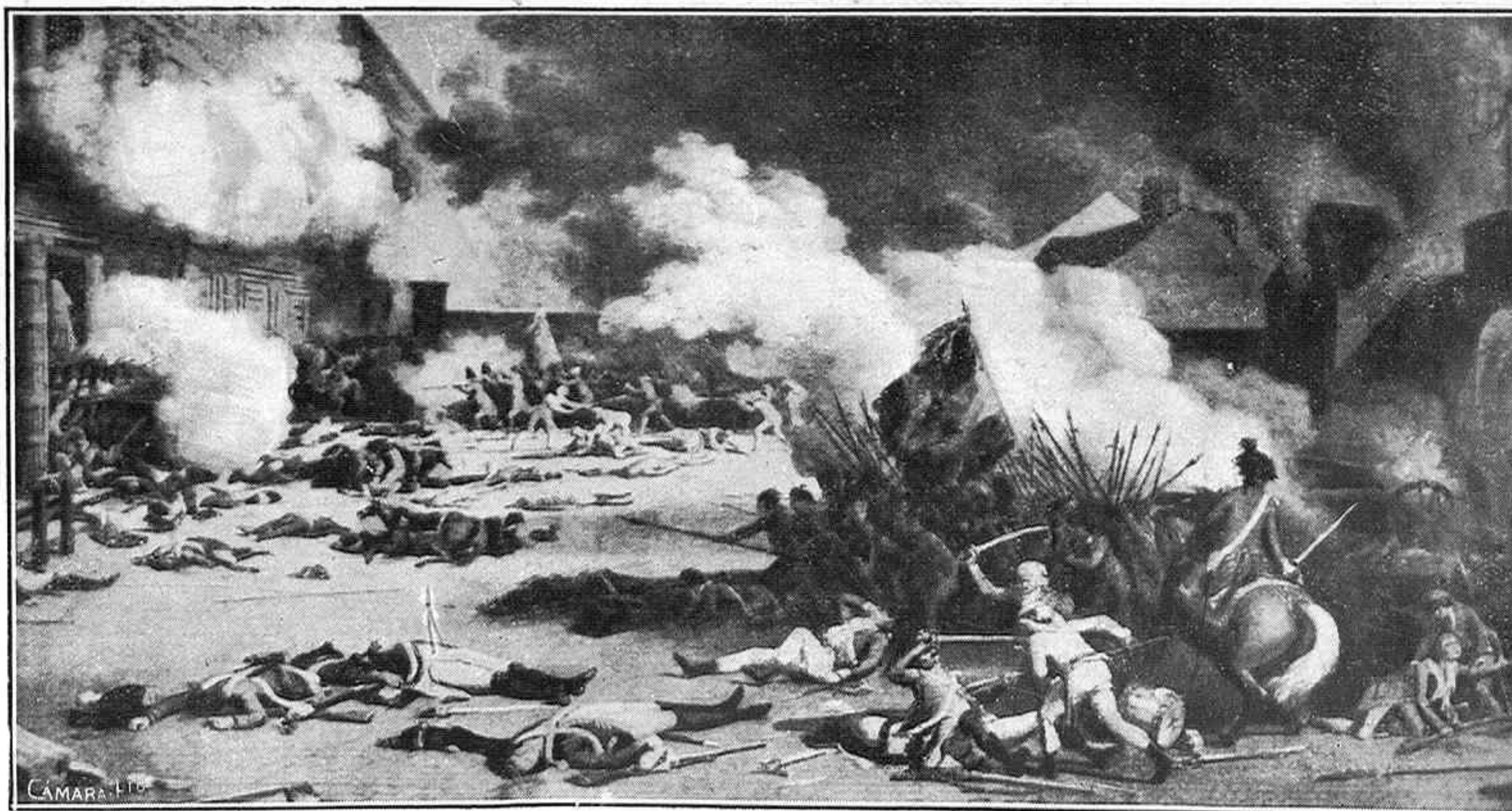
La Marsellesa sugirió á los ejércitos de la República un gran entusiasmo.



“Barbaroux”, grabado de Bonneville

Después de la batalla de Valmy Kellermann, escribió al ministro de la Guerra, pidiéndole permiso para cantar un *Te Deum* para festejar el éxito. Servau, que era el ministro, contestó: «El himno nacional, conocido por *La Marsellesa*, es el *Te Deum* de la República.»

Con lo que el buen jacobino anduvo más cerca de la verdad que él pensara, pues es cosa averiguada por los arqueólogos musicales que la idea melódica inicial del himno pertenecía á un *Ofertorio* ideado por cierto oscuro organista de Estrasburgo.



“Toma de las Tullerías, el 10 de Agosto de 1792”, cuadro de J. Bertaux

E. GONZÁLEZ FIOLE

LOS ALIADOS EN EL NORTE DE FRANCIA Y FLANDES



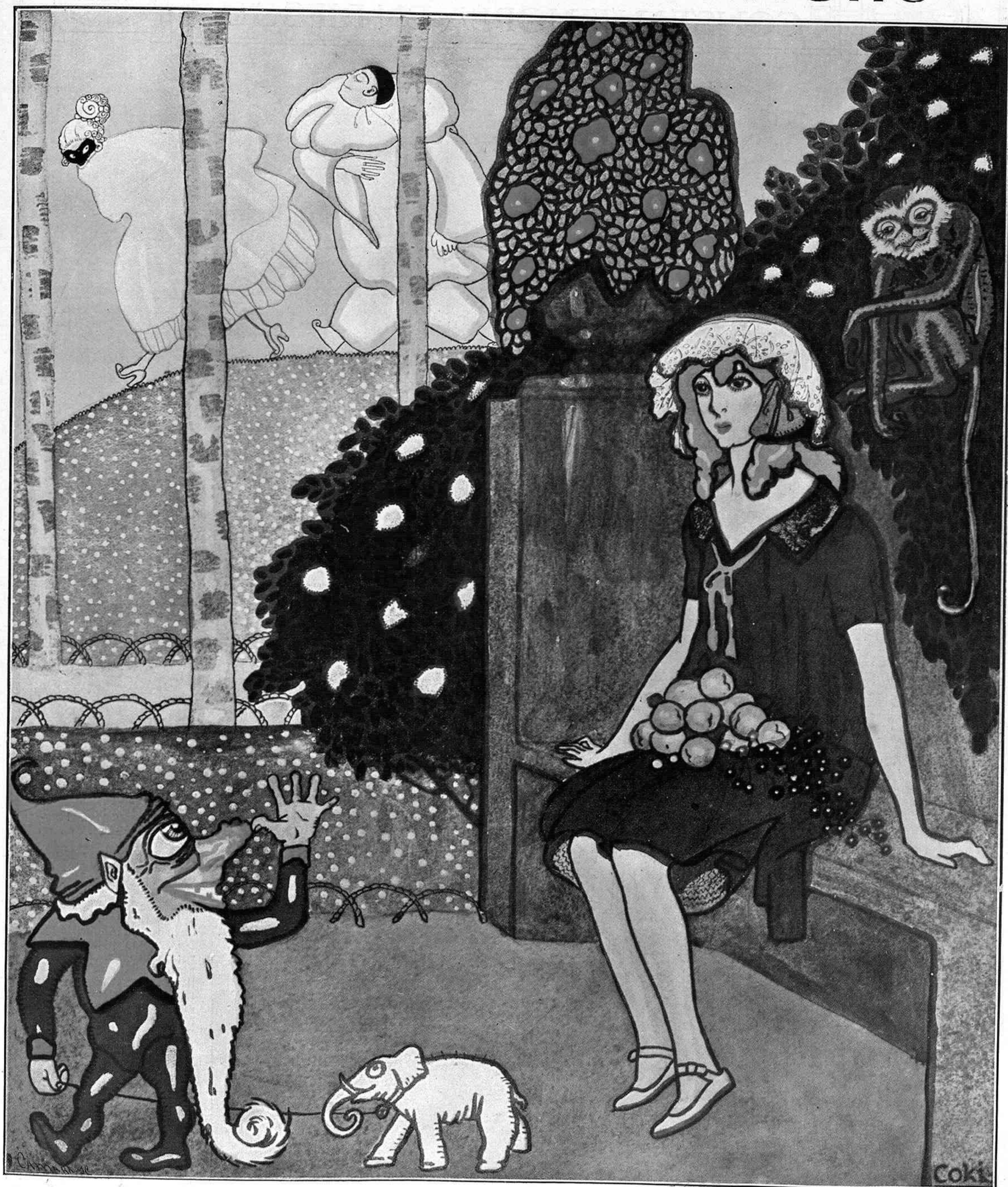
Lanceros de Bengala regresando del campo de batalla, después del ataque y ocupación de Neuve Chapelle por las tropas coloniales inglesas, que hubieron de luchar con fuerzas alemanas enormemente superiores

DIBUJO DE MATANIA

BIEN
BIBLIOTECA
MADRID

CAMARA ETC

PÁGINAS HUMORÍSTICAS



LA PRIMERA ILUSIÓN

Dibujo de Koki



EL BÓSFORO Y LOS DARDANELOS
CONSTANTINOPLA EN RIESGO



Vista de Constantinopla desde el mar



VARIAS veces había yo hablado á mi amigo de la infinita poesía de las márgenes del Guadalquivir. Desde Sevilla á Bonanza el río culebrea entre prados donde braman su fiereza los toros de lidia; entre ranjales que ahora, al iniciarse la primavera, se cubren de blanco azahar; entre pinares bravíos; entre pueblecitos enjalbegados donde el sol andaluz refulge precisando los contornos y las líneas y esmaltando de iris las masas de color... Y mi amigo, que bajo su sombrero hongo y su levitín irreprochable, encubre á un hijo de Estambul, á un musulmán fervoroso, me respondía siempre:

—Es igual que el Bósforo; es igual que los Dardanelos. Acaso, al Guadalquivir le falten nuestras colinas, nuestras montañas; acaso, dejando á la mirada dilatarse en amplio horizonte, sea su poesía mayor, más suave, más dulce...

En mi amigo había llegado á ser una dolorosa obsesión la idea de recorrer el Guadalquivir. Quería comprobar si el puente de Triana evocaba la visión del puente de Gálata

y si el panorama, río abajo, tenía aquella suprema serenidad del jamás vencido mar turco. Pero la excursión se aplazaba siempre, porque á mi amigo le tenía esclavizado el pan de cada día tras la taquilla de negociación de letras en un banco madrileño.

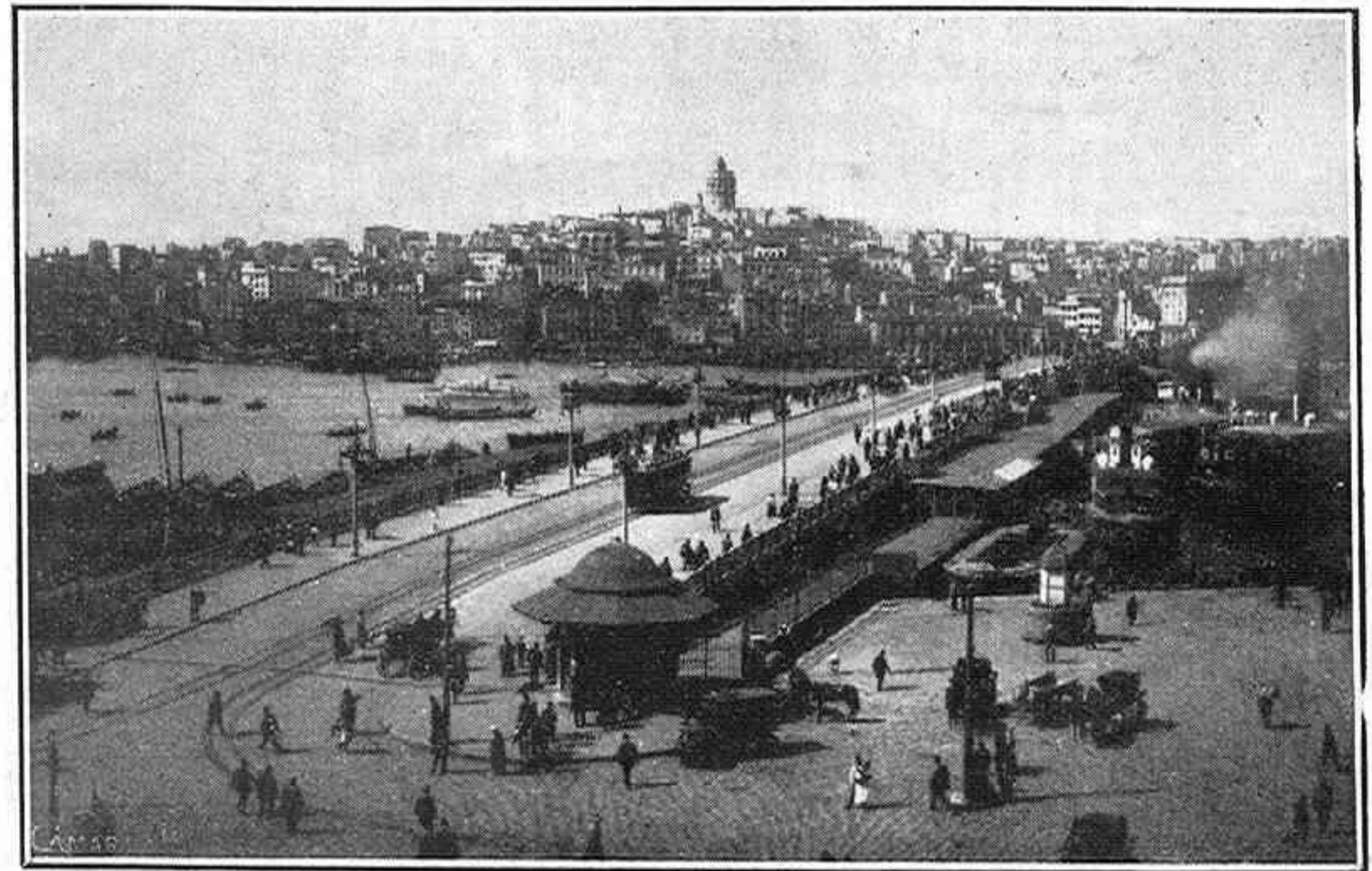
Hace pocos días, el otomano se presentó en mi casa.

—¡Libre ya!—me dijo.— He renunciado mi plaza. Me han liquidado mi cuenta y me voy á Turquía; más que por mi patria, quiero luchar en defensa de la poesía infinita de los Dardanelos y del Bósforo; quiero ser uno más para impedir que los católicos franceses y los protestantes ingleses y los cismáticos rusos lleguen al Cuerno de Oro, se apoderen de Constantinopla, arranquen la Media Luna del suelo europeo y arrojén á mi pobre pueblo á los arenales de Arabia y á los pedregales de Palestina...

Procuré calmar su exaltación patriótica. ¿Cómo llegaría ahora á su patria? Se encogió de hombros. No lo sabía. Meditó un momento y luego, ensimismado, repitió:



Puerta de entrada al Ministerio de la Guerra



Dos aspectos del puente de Gálata, en Constantinopla

—No llegaré, no llegaré... No podré llegar... Sin un pasaporte de país neutral, apenas podría pasar de Italia ó de Egipto... Un círculo de sangre y fuego ahoga á Turquía. Los mismos neutrales que la cercan, Grecia, Bulgaria y Rumanía, la odian fieramente y hacen de nuestro exterminio el más poderoso ideal de sus razas. Pero para salvar á Constantinopla, no necesita-

mos acudir á su recinto los millares de turcos que vivimos expatriados. Nos bastará con despertar al Islám... El estandarte verde flameará sobre Europa y desencadenaremos sobre ella las más tremendas tempestades. Ante los ojos de lord Kitchener resucitará la visión trágica de Jartum, vencido y domado por el hierro, por el fuego, por el tormento, por el martirio y enton-

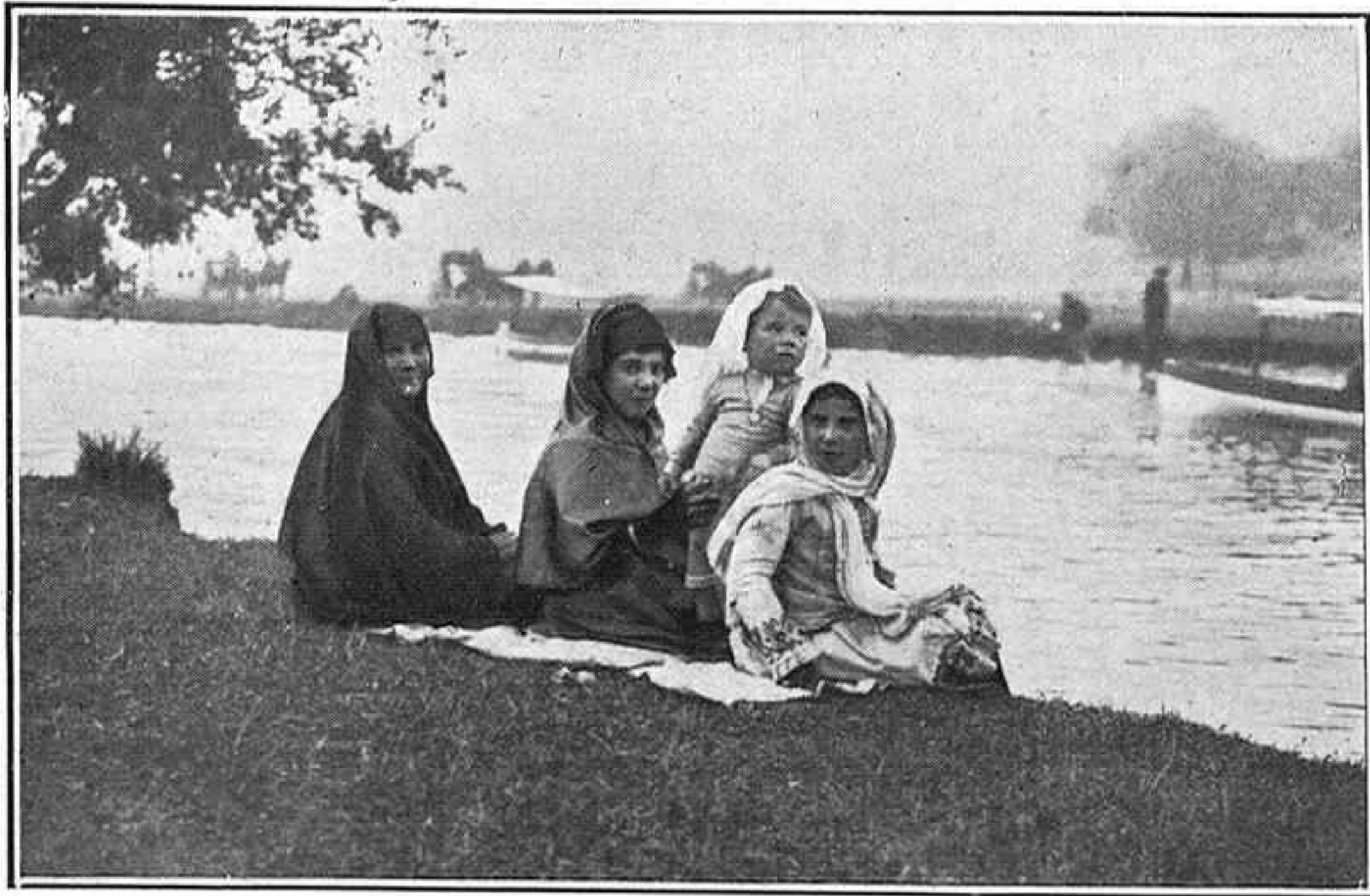
ces confesará que se ha equivocado; que la guerra no comenzará en Abril, como él ha dicho; esa será la guerra suya, la que espera para empezar á que Alemania esté desangrada, pero nuestra guerra, la del mundo musulmán que tiene derecho también á vivir sobre la Tierra, comenzará luego, cuando Inglaterra á su vez sienta el dolor de las heridas y la fatiga del esfuerzo...



Tipos turcos en las calles de Constantinopla

POTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

BIEN DE BIBLIOTECA



Tipos y escenas de Constantinopla

¡Qué ciegos y qué locos los gobernantes europeos que creen que la guerra acabará cuando ellos quieran, cuando uno de ellos pida la paz, este verano que se acerca, el otoño próximo!... No, las llaves del mundo no están ya en Londres, ni en Berlín, ni en París... Ya no bastará un congreso de diplomáticos para repartir tierras y suprimir naciones... La guerra seguirá, durará muchos años, recorrerá todos los continentes, estremecerá al mundo entero... ¡Ah, amigo mío, se están engendrando los tiempos nuevos! El viejo Occidente, el heredero de Roma, prepara su agonía con una dolorosa inconsciencia... Durante medio siglo había acumulado todo el oro, todo el poderío, todos los progresos... Soy dueña de los mares, gritaba Inglaterra... La tierra tiembla bajo la pesadumbre de mis regimientos, respondía Alemania... Mi oro me dá aliados y colonias, contestaba Francia... Y los demás pueblos vivían humillados y sometidos, explotados y expropiados. Pero, en su injusta ambición estas grandes naciones tenían miedo. Un sino fatal las empujaba á provocar los males de que han de perecer, á encender las hogueras en que han de quedar reducidas á pavesas. Los grandes pueblos dormían embrutecidos ó fatigados. Dormían los eslavos, los amarillos, los indios, los musulmanes. Francia despertó á Rusia la inmensa, que tiene hombres bastantes para cubrir de cadáveres todos los campos de batalla de Europa; le dió oro y armamentos, le enseñó organización. Inglaterra, celosa, despertó al Japón armado de su fiero fanatismo, le dió buques, adiestró sus generales. Alemania despertó á Turquía y encendió en el alma musulmana los ensueños de una nueva guerra santa. Los Estados Unidos, que son la esfinge del porvenir, están zaran-deando á China.

El Occidente está ciego, está loco. Al iniciar la guerra actual, en lugar de hacerla rápida, para que terminase antes de que los pueblos nuevos la aprovecharan, ha organizado procedimientos de «desgaste»; la verdadera palabra es «agotamiento». ¿Se podrá agotar á Alemania y á Austria sin desgastarse Inglaterra y Francia? Y cuando estén desgastadas, aunque hayan vencido á las potencias centrales, cuando tengan sus tesoros exhaustos, sus juventudes diezmadas, sus buques desarbolados, ¿cómo podrán resistir las ambiciones de los japoneses, de los indios, de los chinos, de los eslavos, de los musulmanes de Africa?... Pues qué, las naciones que ahora titubean, que fingen vacilaciones, que soporitan con resignación los daños de la guerra, Suecia, Noruega, Dinamarca y Holanda, en el Norte; Italia, Rumanía y Bulgaria, en el Sur; los Estados Unidos, como una ballena hambrienta, en el Atlántico; el Japón en el mar Amarillo, ¿qué aguardan sino esa hora del desgaste último para lanzarse sobre los agotados contendientes?

Y cuando estas nuevas con-

flagraciones se produzcan, volverán los días tremendos en que unos pueblos, antes no temidos, se desbordarán sobre las viejas tierras civilizadas, acaparadoras de riquezas.

Quien haya viajado por Siberia, por Tartaria, por Afganistán y por Mongolia, quien conozca el centro desolado é inclemente de Asia comprenderá que las razas bárbaras que lo pueblan se sentirán espoloadas algún día por el instinto migratorio y querrán buscar tierras más fecundas y cielo más benigno en las orillas del Danubio, del Rin, del Sena, del Ródano... Resucitarán del caos de la Historia las guerras de raza y las guerras de religión... Se volverá á hablar de Atila... Grande y rica y poderosa era Roma y no quedó de ella piedra sobre piedra...

Y sobre todo, ¿qué tremenda profanación la que se intenta en el Bósforo y en los Dardanelos! Esas escuadras que arrasan con sus cañones los admirables bosques de cipreses, laureles y plátanos de Rechick Tach, de Scutari y de Pera y los encantados jardines del palacio de Beyler Bey; que intentan destruir la mezquita de Selim y la Torre de Leandro; que mancillan aquellas colinas, donde están los restos del templo de Zeus y del Castillo negro de Mahometo, y donde se alza el prodigioso mirador de Kuleli, contemplando dos continentes y dos mares y donde existe aún la piedra, viva de fe, símbolo del alma osada de una raza, en que sujetara Murat IV la cadena que tendió entre Asia y Europa para impedir el paso á los rusos, ¿por qué no gastan sus municiones frente á Trieste, frente á la costa belga, frente á Heligoland, frente á la costa alemana? ¡Oh! brava hazaña contra nosotros, vencidos hace poco, agotados por los esfuerzos de nuestra propia transformación...

Pero no se tocará impunemente á Constantinopla, porque es una de las ciudades claves, una de las piedras miliarias que sustentan la actual civilización. Yo la veo en mis ensueños,

con sus altas torres, sus osados cimborrios, sus esbeltos minaretes, polícroma y varia, con sus admirables monumentos que prueban que el Islam puede resucitar aún y aportar las obras de su genio á las empresas del actual paganismo. Yo recuerdo aquel divino pórtico del palacio de Dogma-Batché y pienso que si aquellas piedras fuesen profanadas por un proyectil católico, cismático ó protestante el mundo musulmán entero se alzaría contra Europa, y tras nosotros la raza amarilla saldría de su sopor hierático y Europa no tendría murallas para detenernos ni municiones bastantes para aniquilarnos. El Ideal occidental europeo ha podido realizarse porque nosotros los turcos conteníamos á los eslavos y los eslavos contenían á los asiáticos. La civilización actual del mundo ha podido consolidarse porque la resguardaron durante siglos Constantinopla, primero, y luego, los Urales... Pero, ahora, en los desastres y locuras de esta guerra, la civilización, siguiendo la ruta del sol, abandonará estas tierras, como antes huyó de las de Asia, para saltar el Océano y dirigir el mundo desde América. Allí residirán, en los siglos venideros, el supremo poder, las mayores riquezas, la nueva concepción del ideal humano...

Costóme gran esfuerzo contener al dolorido turco en el desbordamiento de sus profecías. Luego me expuso su plan de viaje. Iría á Marruecos, intentaría atravesar Argelia, llegar á Tripolitania, á Egipto, pasar el Canal de Suez buscando santones y derwiches á quienes encender en fe para que predicaran la guerra santa y antes, por si no podía llegar á Constantinopla, por si moría en el camino, detenerse en Sevilla, cerrar los ojos en el puente de Triana haciéndose la ilusión de que estaba en el puente de Gálata y luego navegar Guadalquivir abajo buscando en aquellos prados donde braman su fiereza los toros de lidia, en aquellos naranjales que ahora, al iniciarse la primavera se cubren de azahar, en aquellos pinares bravíos, en aquellos pueblecitos blanqueados, una remembranza de la poesía del Bósforo y de la poesía de los Dardanelos, donde los laureles y los plátanos acarician con sus copas inclinadas la corriente de agua...

Y allí, iluminado como un profeta, gritar:

—¡España, España! En los cuatro cabos del Mediterráneo había resonado la voz de Mahoma, cuya fe hace felices á los hombres y he aquí que los cuatro cabos del Mediterráneo van cayendo en esclavitud. Egipto, Marruecos, Turquía... Tú sola quedas, plena, como tus hermanas, de bellas mujeres, olorosas flores y maravillosos palacios. ¿Dónde se estará forjando la cadena y se preparará la tiranía en que tú también has de perecer?



Una fuente en una calle de Constantinopla

DIONISIO PÉREZ

NUESTRAS VISITAS LOS PRÍNCIPES DE KAPURTALA

Y tomamos asiento alrededor de una pequeña mesita de te, al lado de los príncipes de Kapurtala, los cuales estaban rodeados de su séquito y atendidos por dos altos negros indios tocados con grandes turbantes.

—¿Tomarán ustedes te con nosotros?—nos invitó amablemente con encantadora vocecita la angelical princesa.

—Con mucho gusto—aceptamos y al mismo tiempo pensábamos que a pesar de los años pa-



Anita Delgado, la princesa real de Kapurtala, en su palacio de la India

sados en el extranjero, Anita Delgado no supo abandonar su gracioso y fino ceceo malagueño.

Extraordinariamente bella esta princesita de leyenda, que fué transplantada desde un escenario de España á un palacio de la India. Alta, flexible, ondulada, con una natural distinción de serena majestad. Su cabecita pequeña, de cabellos negros abundantes, que es un encanto

de gallardía, parece haber nacido para ostentar una diadema de perlas. Tiene el cutis como hecho de nácar, la boca roja, breve y cruel, y sus ojos muy grandes, muy negros y un poquitín melancólicos, miran con una dulzura infantil. Los dientes son como los ricos collares de perlas que resbalaban sobre las deliciosas turgencias de su pecho, muy descotado y muy blanco, casi tanto como los ricos y frágiles encajes que lo rodean. Por entre el milagro de sus cabellos asoman las grandes esmeraldas que penden de sus orejitas... Viste como la más refinada parisina y sus manos, largas, puntiagudas y muy pulidas, salpicadas de piedras preciosas, parecen dos serpientes de armiño hechas para acariciar.

Al mismo tiempo que comenzamos nuestra conversación, la princesita sacó de su bolsillo de oro y brillantes una pequeña pitillera, también de oro, y nos obsequió con unos cigarrillos. Encendió ella uno y con gracia natural y distinguida comenzó á darle pequeñas chupaditas y después iba soltando poco á poco el humo. Eran unos cigarrillos deliciosos; su aroma de sándalo producía un inefable bienestar en nuestro espíritu. El príncipe seguía con curiosidad indiferente todos nuestros movimientos. Al observar que no fumaba, le pregunté:

—¿Su alteza no fuma?...

—¡Oh! Sí, mucho—me contestó en mal pronunciado castellano—. Pero del tabaco de mi princesa no, porque tiene sándalo sagrado.

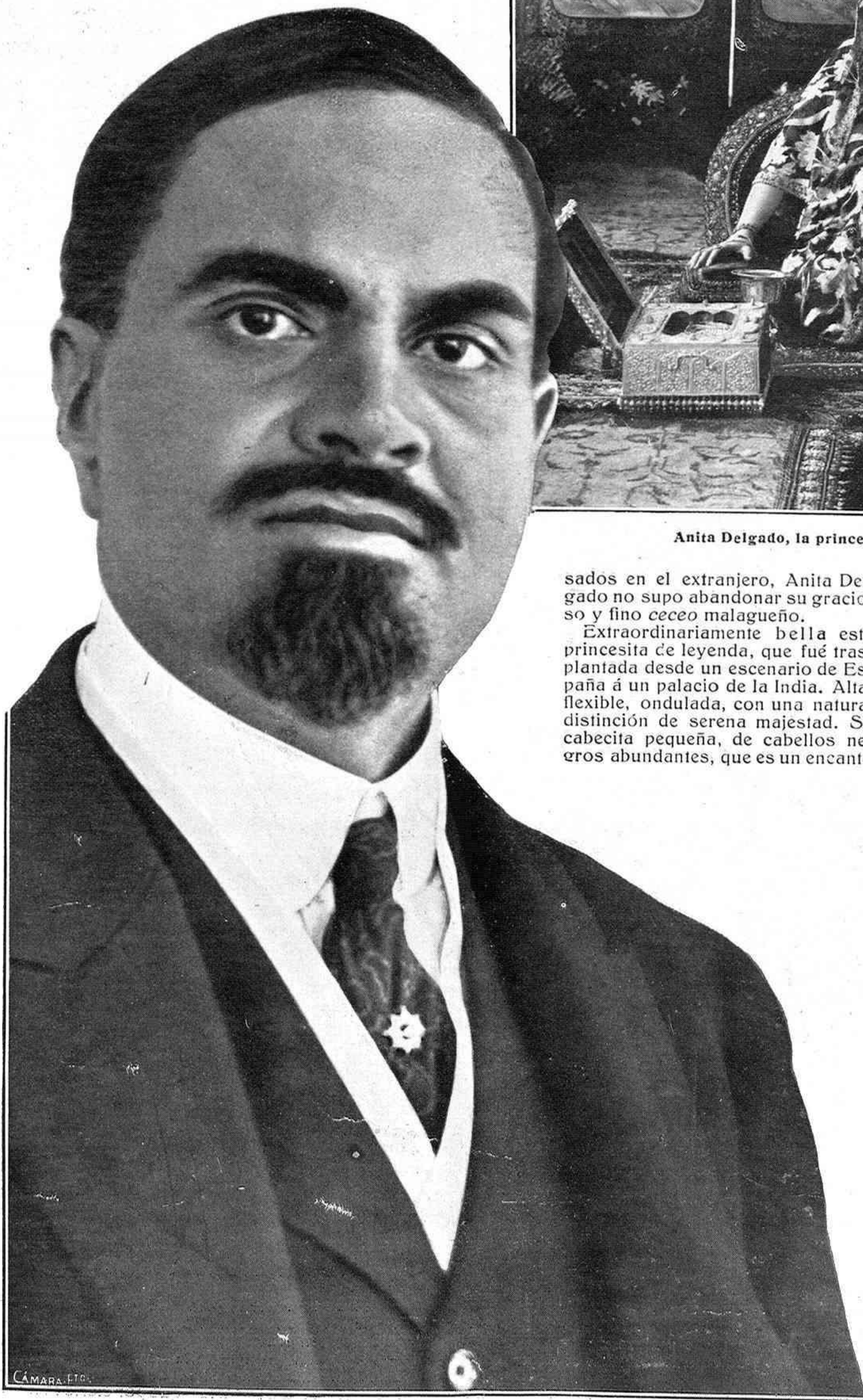
—Pues son exquisitos—comenté yo, saboreando el mío.

—Los fabrican en el Cairo, expresamente para mí—dijo ella.

El príncipe permanecía recostado en su asiento con una indolencia muy oriental. Vestía á la europea y llevaba detalles de marcada elegancia. Estaba muy bien encuadrado allí, en el *hall* del Ritz.

Es un hermoso tipo indio. Su cuerpo, altísimo, es esbelto, vigoroso y recio. Con su tez cobriza contrasta la blancura de sus frescos y muy limpios dientes. Siempre sonríe con frialdad. Sus negros, grandes y brillantes ojos tienen una mirada ardiente y dominadora. Representa unos treinta y cinco años y parece un príncipe de *Las mil y una noches*.

—Hablemos como amigos; prescindamos usted, por una vez, de su calidad de periodista y le



El Rayá de Kapurtala, retratado por Campúa en el Hotel Ritz, de Madrid

contaré cosas muy curiosas de la India...—me dijo la princesa.

—Pero ¿por qué esa oposición á que sea el periodista el que converse con usted, princesa?

—¡No quiero! Pero no me llame usted princesa. Llámeme Anita. Así como así, aquí en España es en el único sitio donde puedo oír mi nombre de pila... ¡Y me gusta tanto!... ¡Tanto como mi Málaga de mi alma!

—Pues ¿cómo es eso?—inquirí—. ¿Allá, en la India, no sigue usted llamándose Ana?...

—No. Al casarme varié de nombre... Me llamo «Amor de Príncipe», porque por ese nombre abrí el libro de mi destino el día de mis bodas con el Rayá. Allí dicen que es un nombre de suerte. No sé yo; hasta ahora soy muy feliz, muy feliz.

Al observar que tomaba notas, agregó rápida con un delicioso mohín de enfado:

—¿Pero no desiste usted de la entrevista?

—Resultará muy interesante. Y ¿por qué ese miedo, Anita?

—Si no es miedo: es sencillamente que yo estoy muy dolida de los periodistas españoles.

—¿Por qué?

—Me han hecho mucho daño. No han cesado de ponerme en ridículo... Y á mí me parece que yo por ser mujer, por ser española y por ir á ocupar un trono extranjero, merecía un poco más de respeto de mis compatriotas.

—¡Pero, Anita, yo no sé!...

—¡Oh, sí, señor! Ha habido caballeros que han escrito sobre mi pasado cuantas fantasías se les ocurrieron. Hasta hubo un majadero de autor que, según creo, me puso en solfa en el Teatro de Apolo. ¿Por qué?... Yo amo á España sobre todas las cosas. ¿Por qué los españoles no me han de corresponder noblemente?...

La dulce voz de la princesa denotaba una profunda emoción. En sus ojos preciosos habíase aumentado la melancolía. Brillaban mucho y parecían quererse romper en rocío de lágrimas.

—No crea usted, Anita—disculpé yo—. Nosotros la queremos á usted como á una princesita nuestra... Si usted no tiene inconveniente, yo colocaré la verdad en su sitio y todas esas historias quedarán desvanecidas. ¿Dónde conoció usted al príncipe?

—Aquí... El vino invitado para las bodas reales el año 1906.

—¿No trabajaba usted en el Kursaal?

—Sí, señor; era una artista honrada, como hay muchas. Verá usted. Yo nací en Málaga, de donde es toda mi familia. ¿Conocé usted Málaga?

—Mucho.

—¡Qué bonita!...—dijo con deleite. Después continuó.—Allí tenía mi padre un café, me acuerdo que se llamaba el «Café de la Castaña», y estaba en la Plaza del Siglo. ¡El nombre tiene gra-

cia!... Bueno, pues ¡hijo!, las cosas vinieron mal y de mal en peor y hubo necesidad de traspasar el negocio, y con el dinero que nos dieron por él nos vinimos á Madrid á ver si mi padre encontraba colocación. Mi hermana y yo, que nos habíamos educado en el colegio de la Concepción, éramos dos niñas muy correctas; pero aquí en Madrid nos hicimos amigas de una vecina que era maestra de baile flamenco y nos convenció para que aprendiéramos á bailar. Figúrese usted, yo apenas tenía quince años y todo eso me pareció de perlas. Aprendimos á bailar medianamente unas sevillanas, un bolero, una jota y un olé. Mientras tanto, los 14.000 reales que ha-

tro, me apené mucho porque me dí cuenta de que aquello no se había hecho para nuestros caracteres: éramos sositas y sin mundo. Pero, ¿qué le íbamos á hacer?... Era nuestra tabla de salvación, y lo que es más importante todavía: la de nuestros padres. Una noche, á los pocos días de estar trabajando, vino á visitarme un señor. Era el intérprete del hotel de París. Me habló de que un príncipe extranjero que me había visto trabajar el cual me ofrecía 5.000 pesetas por ciertas amabilidades. Yo me indigné. Me tenía por una mujer honrada, aunque pobre, y no podía comprender que nadie formara otra idea de mí; le envié varios insultos por medio del intérprete al

príncipe desconocido, y después de la función lloré como una tonta... ¡Me consideraba tan desgraciada!... Al siguiente día recibí un enorme bouquet de camelias y una carta. Era del príncipe. Me daba sus excusas muy rendidas y se despedía entre amables frases de mí, porque al siguiente día pensaba regresar á París. Bien: yo, como comprenderá usted, no le dí importancia á nada de ésto; uno de tantos galanteos de teatro. Pasaron varios días y una noche se presentó á verme el mismo intérprete del hotel de París. Traía una carta del secretario del príncipe. En ella se me proponía irme á pasar unos días con su alteza á París, por lo cual recibiría á vuelta de correo, si lo aceptaba, 100.000 pesetas. Durante algunos instantes me hizo dudar aquella oferta. Figúrese usted; en nuestra angustiosa situación, aquello era la tranquilidad y el porvenir de nuestra casa... Pero no pude dominar mi repugnancia por lo que yo consideraba una venta y me decidí á rechazarla con este recadito: «Le dice usted á ese príncipe que ó casamiento ó nada, y eso si me gusta que, si no, tampoco». Corrieron algunas bromas entre las compañeras sobre el Rayá y pasaron unos días. Yo ya no me acordaba de tal cosa, cuando una tarde—en ocasión en que estaba en mi casa hacién-

dole—un retrato á mi hermana nuestro íntimo amigo el pintor Oroz—se presentó un extranjero preguntando por mí.

—¿Dónde vivía usted?

—En la calle del Arco de Santa María, creo que 25, sexto piso, interior. Bueno: el desconocido no cabía por la puerta del piso y no sabía una palabra de español; pero Oroz, que habla muy bien el francés, supo quién era y lo que deseaba...

Calló un instante la princesa y llevóse un pomito de sales á la nariz. Yo pregunté impaciente: —Y, ¿quién era?

—El capitán de la escolta del príncipe de Kapurtala; me traía una carta de su alteza y amplios poderes. En la carta—que por cierto la llevo siempre conmigo—el príncipe me expresaba con



Anita Delgado con su hijo, el príncipe heredero de Kapurtala



bía traído mi padre de la venta del café se habían gastado sin encontrar donde meter la cabeza.

Hizo una pausa Anita. Acarició su collar de perlas.

—¡Vinieron días muy difíciles!—prosiguió—. Y entre estas negruras la profesora de baile encendió en nosotras la vida del teatro. «Éramos guapitas. Podíamos seguir siendo honradas y ayudar á nuestros padres, etc.»; la eterna historia. Nos decidimos y nos contrataron en el Kursaal como pareja de bailes andaluces, ganando treinta reales diarios y bajo el nombre de «Las Camelias». Nuestros padres nos acompañaban y estaban allí con nosotras todo el tiempo.

—¿Tenía usted novio?

—No, señor; si yo era una niña: tenía quince años poco más ó menos. Ya en la vida de tea-



Anita Delgado, la princesa de Kapurtala, con el traje típico del país

mucha gentileza que no podía vivir sin mí, que le habían cautivado mis condiciones y que me proponía su casamiento conmigo. En caso de aceptar, debía considerar al dador de la carta, mister Mayêr, como un servidor mío, el cual me llevaría á París acompañada de todas las personas de mi familia, y allí arreglaríamos nuestra boda.

—¿Usted, se volvería loca de alegría?
—No lo crea usted. Tuve miedo. No me decidí, me decidieron, y lloré mucho no sé por qué. Recuerdo que aquella noche, estando en un palco del Kursaal, acompañada de Valle Inclán, Romero de Torres, Oroz, Baroja, *La Imperio* y *La Fornarina*, todos me aconsejaron que debía aceptar el ofrecimiento del príncipe, pero bien sabe Dios que yo fui á París como quien va al matadero. ¡Creía una de necesidades!

—¿Y fué usted con toda la familia?
—No, señor, mi papá se quedó aquí; pero nos acompañó el artista Sr. Oroz que, como le decía á usted, era muy amigo de casa.

Y aquí viene lo más fantástico. Durante el viaje, fui yo muy preocupada, pensando lo que le iba á decir al príncipe. Me torturaba la idea de tener que fingirle cariño á un hombre que ni siquiera conocía. Llegamos. En la estación nos esperaba un secretario de su alteza, varios esclavos y unos automóviles. Nos llevaron á un alojamiento suntuoso, lleno de comodidades y magnificencia; pero el príncipe no aparecía por ninguna parte. Al fin, un secretario me entregó una carta de él. En ella me decía su alteza que debía instalarme en aquella casa que él mismo había amueblado para mí, y que allí no me faltaría nada, ni dinero, ni alhajas, ni respetos, y que él, dándose cuenta exacta de mi situación, no se avistaría conmigo hasta tanto que yo aprendiese perfectamente el francés, pues no quería expresarme sus sentimientos por medio de otra persona.

—Qué raro — exclamó Campúa mirando al príncipe que, con sumo deleite, escuchaba nuestra conversación y reía.

—¡Hay más! — prosiguió Anita. — Esa carta iba acompañada de una nota con la distribución que yo debía hacer de los días. No se me ha olvidado: Levantarme á las siete, baño, *toilette* y desayuno; de ocho á diez, montar á caballo y pasear por el bosque; de diez á once, piano; de doce á una, francés é inglés; de tres á cuatro, billar; de cuatro á cinco, siesta; de cinco á ocho, pasear en coche ó en automóvil, y de diez á doce teatro. Para todas estas cosas tenía profesores que se pusieron á mi disposición, y además dos damas de compañía, una francesa y otra inglesa, que por cierto son las que me acompañan en este viaje.

La princesa se detuvo para acariciar con los ojos á su marido. Siguió:

—Todos los días recibía una carta del príncipe; pero continuaba sin verle.

—Entonces, ¿no le conocía usted?...
—No, señor; pero le presentía tal como es. En mi alcoba había un gran óleo de él, vestido con el traje indiano, y puede decirse que ese lienzo y su rara y caballeresca conducta, encendieron en mi pecho el interés y el amor. Tenía muchas ganas de verle y me apliqué á aprender el francés; á los seis meses sabía hablarlo perfectamente, se lo mandé á decir, y una mañana, cuando paseaba sobre los lomos de mi *Yip*, por el bosque de Bolonia, surgió un apuesto jinete que se acercó á mi lado. Era el príncipe... Y nada más... Yo, me enamoré, más que nada, por su exquisita delicadeza; él fué á la



El Rayá de Kapurtala, con el traje indiano

India á preparar nuestro matrimonio y en el mes de Enero entré yo en Kapurtala acogida con el entusiasmo del pueblo, y á los pocos días se celebraron nuestras bodas. Tenía yo diez y seis años, y subida sobre un enorme elefante, rodeada de nuestros leales, aromada con mirra, cantada por miles de voces plañideras, alentada por músicas y gritos de regocijo, parecíame soñar...: era aquello superior á todo lo que pueda usted imaginarse.

—¿Fué usted sola á la India?...

—Solita.

—¿No le dió á usted miedo?...

—¿De quién? ¿De mi príncipe que me adoraba con toda su alma y yo á él?... Lo que sí me pareció es que mi sér había roto toda relación con este planeta, y que había encarnado en otro. ¡Era la vida tan distinta!...

Calló la princesa. Yo interrogué al príncipe.

—¿Luego su alteza es soberano indio?...

—Desde los cinco años de edad, en que mi padre murió, soy príncipe real de Kapurtala que es un bello Estado independiente de la provincia de Punjab.

—¿Por qué leyes se rige su Estado?

—Por leyes análogas á las inglesas, pues estamos bajo el protectorado de la Gran Bretaña. Sobre las Indias circulan fantasías disparatadas: somos poco civilizados, cortamos las cabezas á granel, damos venenos á todo pasto, nos comemos á nuestras mujeres y qué sé yo cuántas tonterías más. No hay tal cosa.

Y volviendo sus ojos ardientes hacia Anita, y sonriendo infantil y meloso, le preguntó:

—¿Verdad, *«Amor de Príncipe»*, que no cortamos cabezas á nadie?

—¡Josú! — clamó la linda — ni cabezas, ni nada. Ya ven ustedes que yo me conservo tan completa como me fui.

—Con el cutis más transparente — agregué yo.

—Sí, es posible; porque allí, en la India, me doy tres baños de leche diarios...; pero no me pinto nada, nada, como ustedes ven.

—Príncipe: ¿ama usted mucho á la princesa? — le pregunté.

—Mucho, muy amada. Es una divina angélica que hace de la vida una filigrana de felicidad. En Kapurtala es muy querida y muy comprendida por mi pueblo.

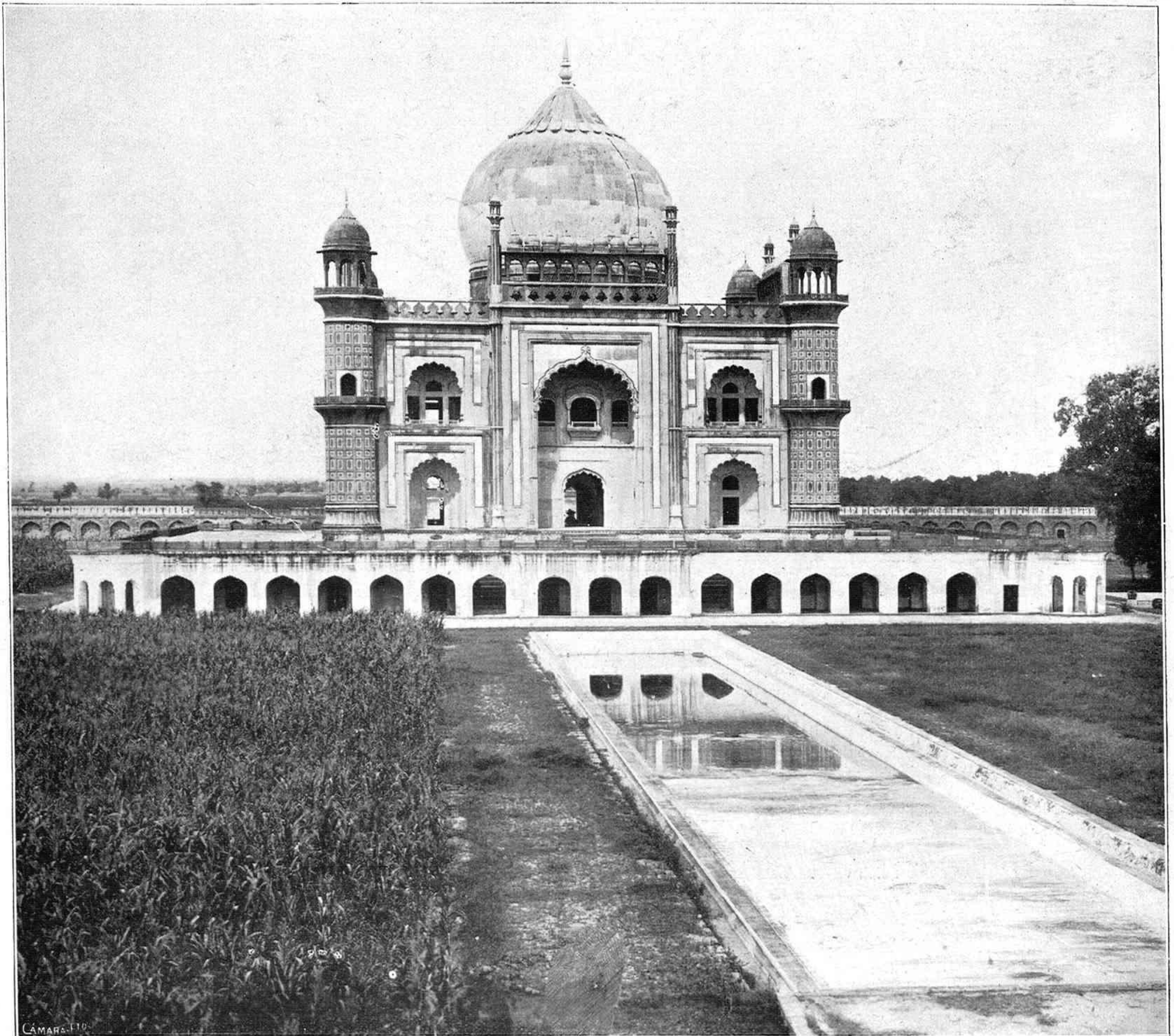
La niña princesa tan halagada, rió como una chiclela satisfecha.

—Según tengo entendido, son ustedes muy aficionados á viajar.

—Es el gran placer de su alteza. Viajar con un libro en la mano. Ver todo y leer todo. Buscar la belleza donde esté. El conoce todo el mundo; no hay rincón en la tierra que no haya visitado.

—Ahora vamos á California — medió el príncipe —, que es lo único que me falta por conocer.





El Palacio de los príncipes en Kapurtala

—Y dígame, príncipe: ¿Su alteza tiene varias mujeres?

—¡Oh!, sí; mujeres muchas; pero la princesa es la princesa.

Anita no pudo reprimir un gesto de amargura y en una explosión de celos, deploró:

—¡Sí, muchas mujeres! Son costumbres de allí, ¿sabe usted?... Ellas le esperan mientras que él está á mi lado... Le esperan desde hace ocho años que no se separa para nada de mí *vera*... Allí, en la India, ningún hombre puede abandonar á la mujer que fué su amante y tiene la obligación de mantenerla según su jerarquía.

—¿Y esas mujeres viven con usted, Anita?

—¡No! ¡Qué disparate!...—rechazó rápida—. Ellas están recluidas en sus palacios; y como son indias, no pueden salir á la calle ni dejarse ver por nadie... Yo no conozco á ninguna.

—¿Y usted tampoco puede dejarse ver?

—Yo sí, yo vivo á la europea, aunque visto indistintamente el traje indiano ó el europeo; es decir, visto más el indiano porque me favorece mucho; y para las ceremonias de la corte estoy obligada á ello.

—¿Pasan ustedes mucho tiempo en Kapurtala?

—El invierno generalmente, porque allí resulta muy agradable. En París tenemos nuestra segunda casa, con caballerizas, caballos de carre-

ra, á los cuales es muy aficionado mi marido, y demás.

—¿Qué vida hace usted en la India?...

—Mire usted: me levanto á las siete, monto á caballo, y acompañada de mis damas, de mis esclavos y de mis chacales voy á dar un paseo por el monte; y allí corremos liebres, gamuzas y zorros.

—¿Ha dicho usted chacales?

—Sí, chacales amaestrados y fieles, que como perros leales nos acompañan y defienden contra las fieras. Por la tarde jugamos al *tennis*, al polo ó al billar, ó patinamos, según el tiempo.

—¿La comida de la India es muy distinta de la de aquí?

—Muy distinta. Sin embargo, en nuestro palacio se pone con frecuencia el puchero andaluz y la paella, porque le gusta mucho al príncipe. Siempre viajamos con nuestros cocineros. Treinta personas venimos ahora. Traemos 240 baules, habiendo tenido que pagar, por exceso de equipaje, desde París, 20.000 francos. Ahora bien, que viajamos siempre con agua de la India, leche y legumbres para condimentar comidas, pues su alteza así lo quiere.

—¿Tienen ustedes algún hijo?

—Uno de ocho años. ¡Más bonito! Verá usted, ahora me lo traerán.

—¿Cuántos idiomas habla el rayá?

—Español, francés, inglés, persa, italiano é indostánico.

—No se le olvide á usted decir—me advirtió el príncipe—que amo mucho á España y una prueba de ello es que entré todas las mujeres del mundo, elegí una española; porque no encontré otra más digna de compartir la soberanía de mi Estado. También haga usted constar mi ferviente amistad con Inglaterra, y que en la guerra actual le he ofrecido toda clase de recursos, y he enviado diez mil infantes de Kapurtala para que se batan contra los alemanes en el Africa Oriental, al frente de los cuales pienso ponerme cuando regrese de América.

—¿Abandonan ustedes pronto Madrid?

—Esta noche, *si Dios quiere*—dijo la princesa—, saldremos para Sevilla. Allí pasaremos la feria, y en Cádiz embarcaremos con rumbo á América.

Aquel *si Dios quiere*, me sugirió una última pregunta:

—Princesa: ¿Sigue usted siendo católica apostólica?

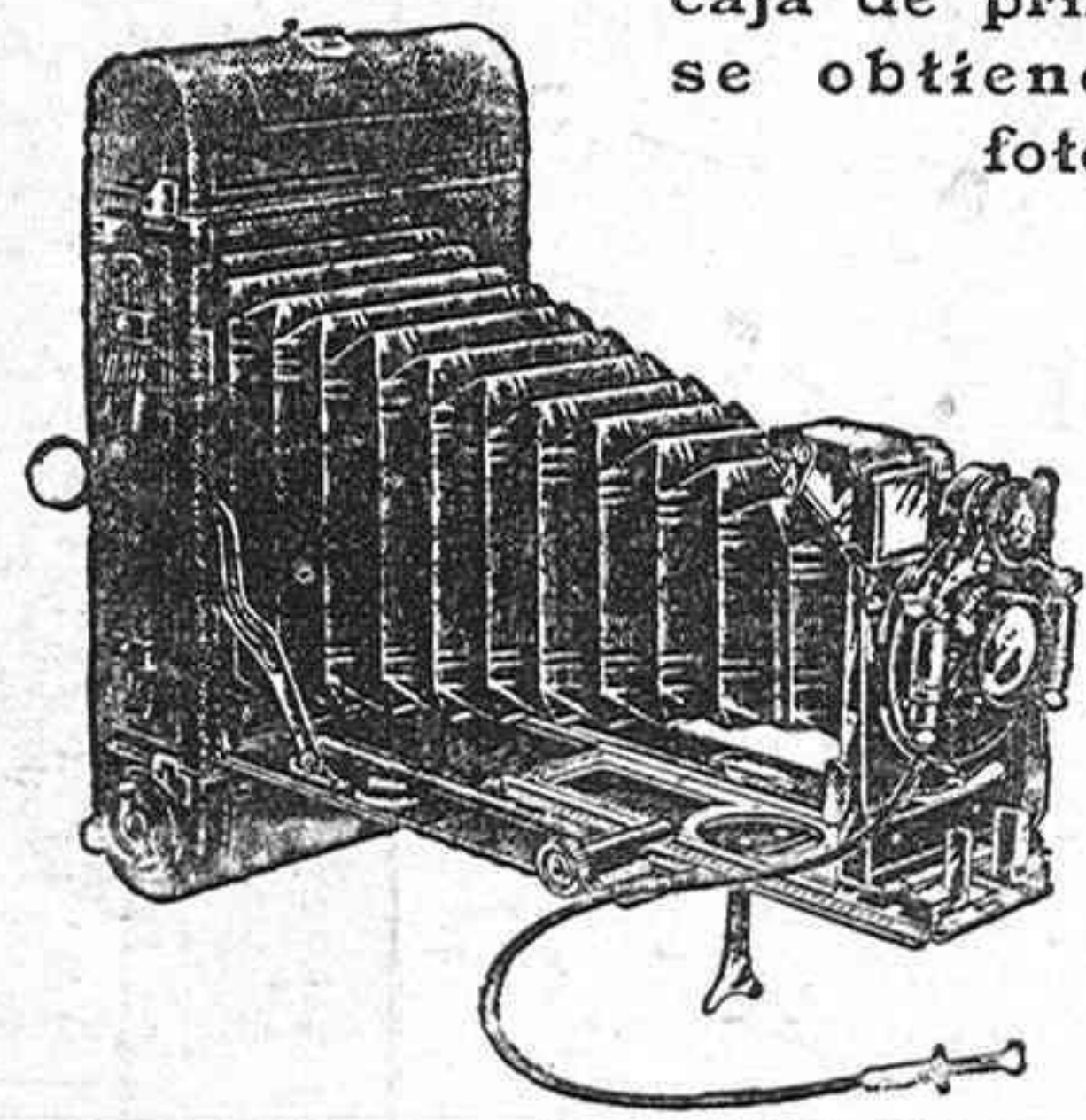
—Hasta los huesos. Mi marido, respecto á la religión, me dejó en una absoluta libertad.

Y los hechiceros ojos de Anita se entornaron dulcemente. ¡Oh, princesa Oriental, qué lindas eres!...

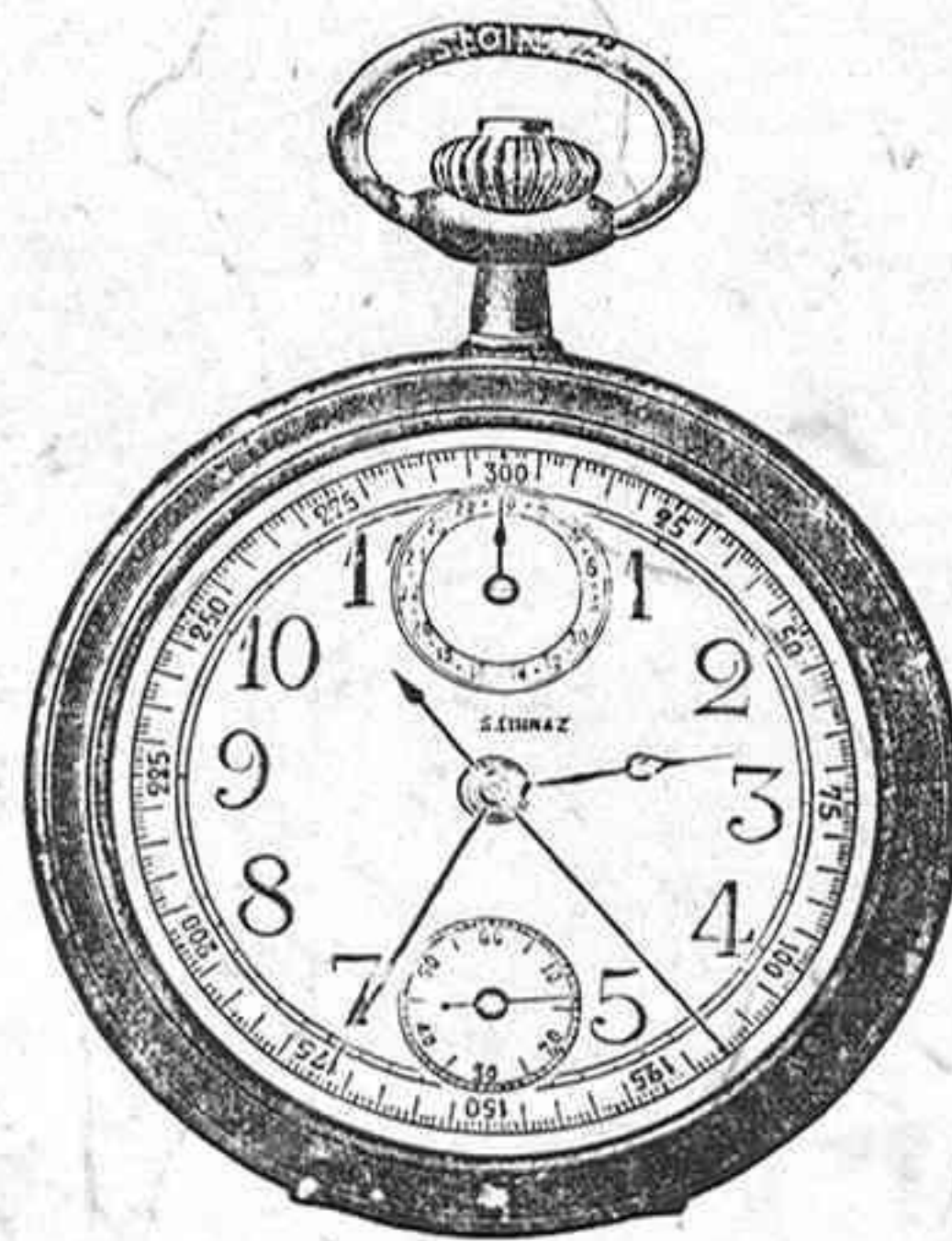
EL CABALLERO AUDAZ

CON UNOS CÉNTIMOS AL DIA, SE PUEDE ADQUIRIR

"SUEÑO IDEAL" 9 x 12, PARA PLACAS y PELÍCULAS marca "ERNEMANN", y una caja de prismas, con el que se obtienen magníficas fotografías



Desetas 8,00
al mes,
en 24 meses;
al contado,
pesetas 163,20



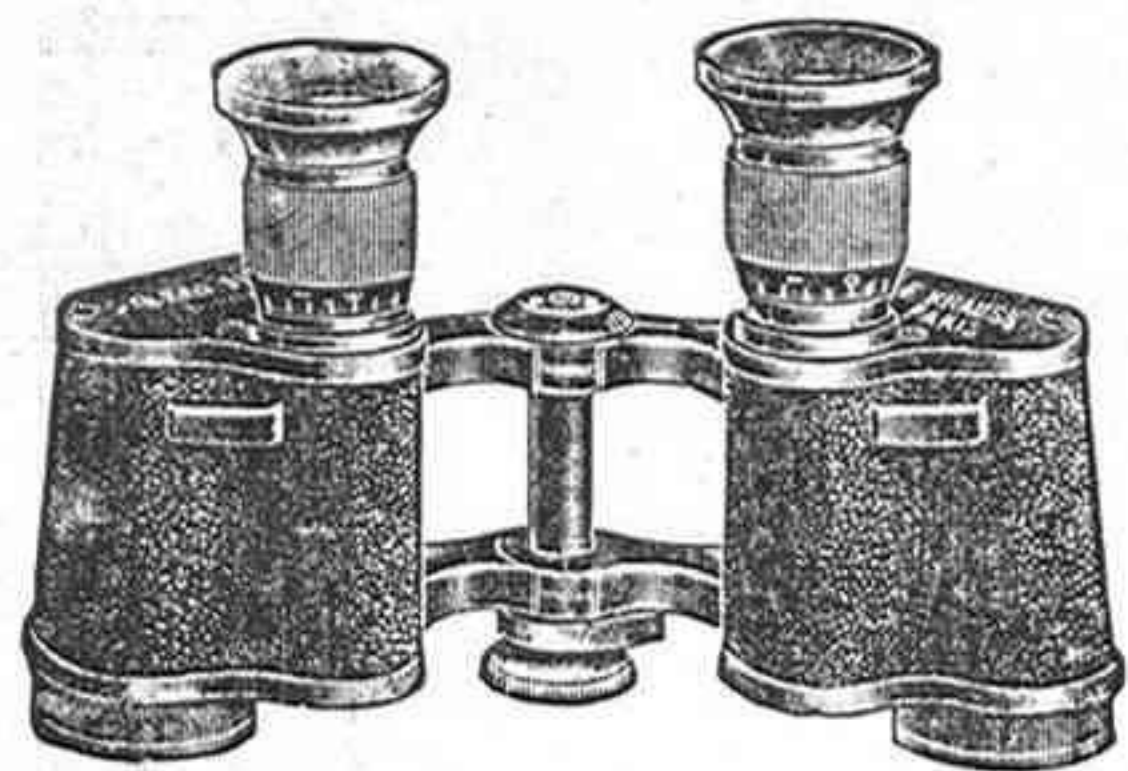
LEPINE, ORO DE LEY
DE 18 QUILATES,
CUBETA DE ORO

CRONÓGRAFO
CONTADOR,

Primera calidad,
esfera blanca,
.... 19 líneas

Ptas. 18,75 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO:
Ptas. 318,75

GEMELOS PRISMÁTICOS,
DIEZ VECES DE AUMENTO
MARCA "VALETTE", SERIE "LOICO"



CAMPO GRANDE,
AUMENTO GRANDE
VOLUMEN
REDUCIDO
GRAN POTENCIA
Y CLARIDAD

Ptas. 9,00 al mes, en 15 meses

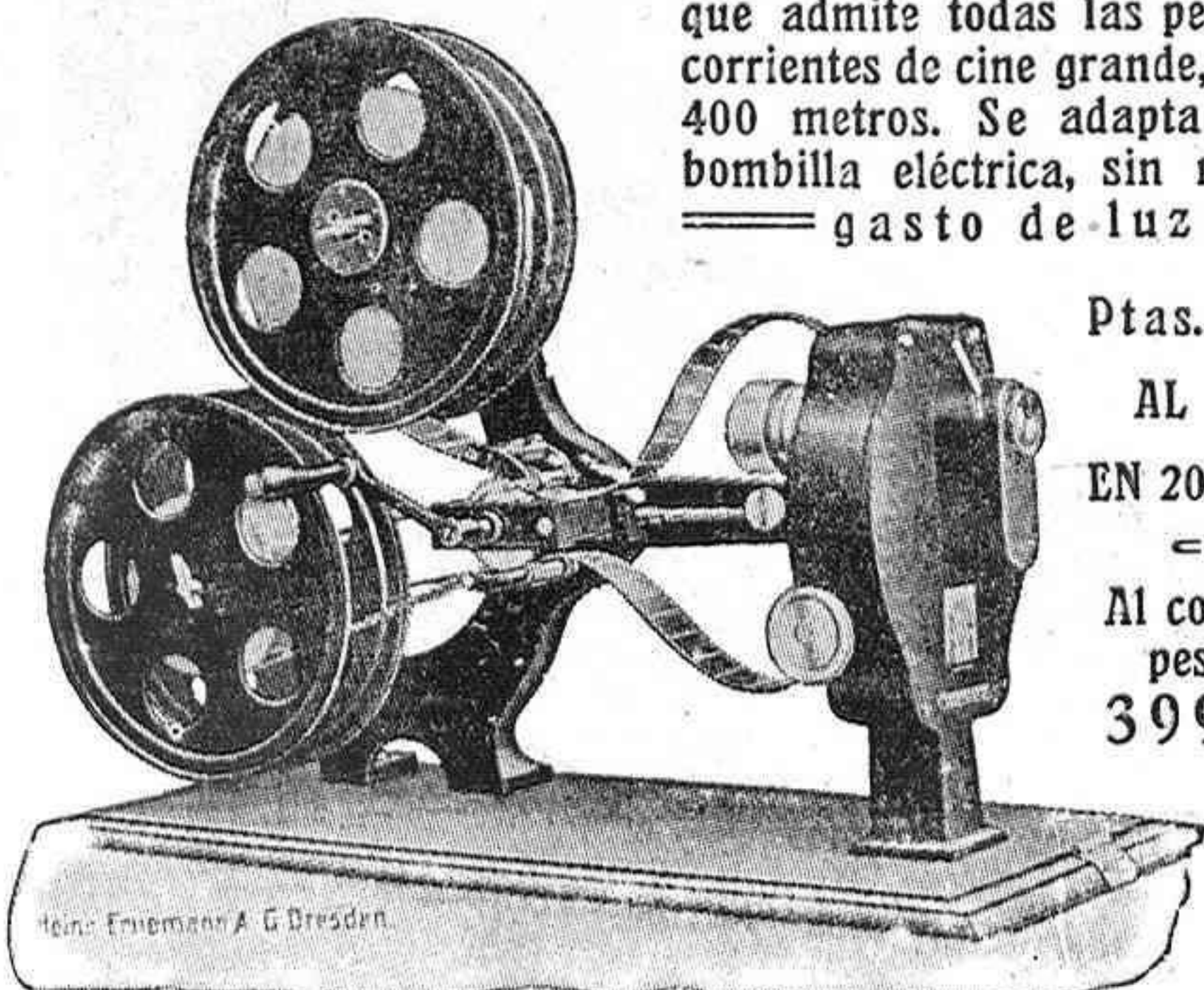
Bicicleta LA INGLESA, con neumáticos HUTCHINSON

y dos frenos a las llantas con rueda libre. : : Llantas niqueladas, con filetes en color : :
en color : :
en color : :



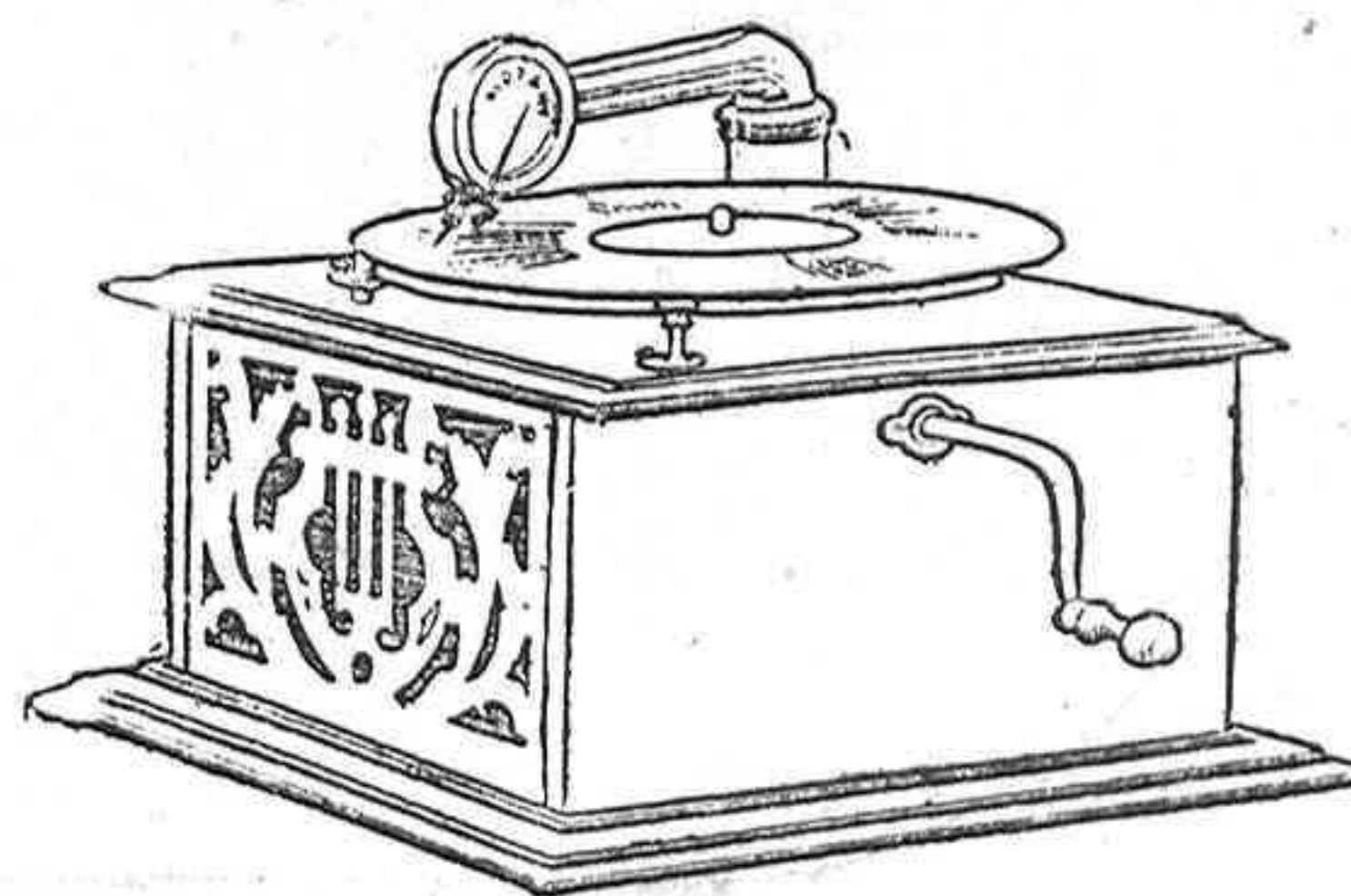
Ptas. 12,25 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO: Ptas. 208,25

"KINOX ERNEMAN" CINEMATÓGRAFO DE SALÓN que admite todas las películas corrientes de cine grande, hasta 400 metros. Se adapta a la bombilla eléctrica, sin ningún gasto de luz



Ptas. 23,50
AL MES,
EN 20 MESES
Al contado:
pesetas
399,50

Máquina parlante sin bocina, con 30 discos dobles, marca "Homokord", ó sean 60 piezas á elegir



SONORIDAD
y
ELEGANCIA

Ptas 11,75 al mes, en 24 meses
Al contado: ptas. 239,70

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO Y CONDICIONES DEL OBJETO QUE SE DESEA, A LA CASA
S. LOINAZ y Comp.^a --Prim, 39, SAN SEBASTIAN
Y SE RECIBIRA GRATIS POR CORREO

25 ABR 1915



JABON

FLORES DEL CAMPO

El éxito enorme del Jabón FLORES DEL CAMPO y de los demás productos que fabrica la Perfumería Floralia, se debe á las condiciones admirables é higiénicas que reunen para hermostear el cutis.

=== Pastilla grande, 1,25 ===

Pastilla pequeña de propaganda, 0,30

CREACION de la PERFUMERIA **FLORALIA** GRANADA 2 MADRID =

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS